



ESPEJO HUMEANTE

AÑO 2. NÚMERO 2.5, ABRIL, 2019. REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA-FICCIÓN

FANZINE





Amenaza

LA LUNA ES el huevo de una especie alienígena y está a punto de hacer eclosión. La humanidad fue puesta en la Tierra para multiplicarse y servirle de alimento.

Felipe Huerta Hernández (México)

ESPEJO HUMEANTE *FANZINE*

Revista latinoamericana de ciencia ficción

Número 2.5, DOSSIER. Abril de 2019.

Fundadores

Comité Editorial *Espejo Humeante*

Coordinación editorial

Silvia Alejandra Fernandez, Felipe Huerta Hernández y Rafael Tiburcio García.

Comité editorial

Miguel Angel de la Cruz Reyes, Eduardo Hennings, Felipe Huerta Hernández, Miguel A. Lara, Rafael Tiburcio García y Zacarías Zurita Sepúlveda.

Selección, revisión y corrección

Silvia Alejandra Fernandez, Felipe Huerta Hernández y Rafael Tiburcio García.

Diseño editorial

Rafael Tiburcio García.

Imágenes

- © Event Horizon Telescope Collaboration
- © Alami Stock Photo
- © Katherine Bouman
- © Vectorstock
- © Dreamstime
- © Omar Moreno

Aviso legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos aportados, así como la titularidad de derechos de los mismos, publicados en *Espejo Humeante FANZINE*, pertenece a sus respectivos autores y son libres de reproducirlas en otras publicaciones.

La responsabilidad de los contenidos y opiniones expresadas por los colaboradores en sus textos pertenece a ellos y no representan necesariamente la opinión del consejo editorial o la revista.

Espejo Humeante FANZINE no asume ninguna responsabilidad por los daños y perjuicios resultantes o que tengan conexión con el empleo de los contenidos de esta publicación. Se permite copiar, compartir y difundir el contenido de *Espejo Humeante FANZINE* siempre y cuando se mencione la fuente y el link a la publicación.

Contacto

espejohumeanterevista@gmail.com

  @EspejoHumeanteR

issuu.com/espejohumeanterevista

Índice

- Amenaza**, Felipe Huerta Hernández
- 5 **Presentación**
- 7 **A la luz del agujero negro**, Breigner Torres
- 11 **Cumple tu tarea**, Rubén Huapaya
- 13 **Demonio negro**, Rafael Tiburcio García
- 17 **No lastimes los sentimientos del niño**, Servando Clemens
- 19 **Legado de guerra**, Poldark Mego
- 23 **Contemplación**, José Gaona
- 24 **Jiustoncito**, Carlos Román Cárdenas
- 27 **El clon matrimonial**, Oswaldo Castro
- 28 **Papá, mira**, Zacarías Sepúlveda
- 29 **Palabra: principio y fin**, Sandra Belén Loto
- 31 **Aurora**, Miguel A. Lara
- 33 **IMECA 800**, Felipe Huerta Hernández
- 34 **M. D.**, Silvia Alejandra Fernandez
- 35 **La agencia**, Omar Moreno
- 38 **Paulina**, Daniel Oviedo
- 41 **Hombre biónico**, Oscar Darío Sanguinetti Acosta
- 43 **Pioneros**, Raúl Padilla Nateras
- 45 **Test de Turing**, Omar Ortiz
- 47 **Lo que es dejará de ser**, Omar Hernández Pacheco
- 50 **Tercera y gol**, Miguel Ángel Martínez
- 51 **Aquel espejo viviente**, William C. Rilley
- 53 **La sexta expedición**, Jesús Guerra Medina
- 57 **Desconcierto**, Silvia Alejandra Fernandez
- 59 **Adiós, *permafrost***, Víctor Parra Avellaneda
- 61 **El ojo**, Ernesto Tancovich
- 62 **Destino de alto riesgo**, Breigner Torres
- 63 **Trinidad**, Diego Miguel Alba
- 67 **La bruma roja**, Servando Clemens
- 70 **Tenés que durar mucho tiempo**, Claudia Baralla
- Comunicado**

Presentación

EL SEGUNDO *FANZINE* del *Espejo Humeante* será toda una aventura. No sólo incluimos ocho relatos más sobre el fin del mundo que, por cuestiones de espacio, no entraron en el número 2, historias que nos llevan a lugares inhóspitos y amenazantes, o a peregrinaciones sin retorno a través de la desolación; sino que incluimos también una selección de veintiún cuentos cortos y minificciones de los mejores cuentos de los retos que semanalmente convocamos en nuestras redes de Facebook y Twitter, así como algunos textos del grupo original del proyecto Ciencia Ficción Latinoamericana.

En estas páginas visitaremos los paisajes imaginados más allá de nuestro Sistema Solar, recorreremos ciudades abandonadas, dimensiones que se desintegran e, incluso, aquellas locaciones de la Tierra que difícilmente podremos ver alguna vez con nuestros propios ojos, como los hielos primigenios de Siberia y las Fosas Marianas. Sentiremos el toque de animales amenazantes y criaturas inconcebibles.

Por las páginas de este *fanzine* desfilan robots, *cyborgs*, clones e inteligencias artificiales, reptiles y hombres con el alma envenenada por la guerra, personajes cuyas acciones e historias nos llevan a reflexionar sobre los límites de lo ético y lo humano.

Finalmente, este dossier presenta una semblanza sobre la primera fotografía de un agujero negro, un hito para la humanidad en nuestro tiempo que nos hace volver a creer en el potencial de la ciencia para ayudarnos a entender el cosmos en el que vivimos y nuestro lugar en él. Asimismo presentamos los resultados de nuestra tercera convocatoria, cuyos cuentos centrados en los vericuetos del tiempo aparecerán en el número 3 de la revista en el mes de junio.

Poco a poco, *Espejo Humeante* se consolida como una nueva propuesta de ciencia ficción para quienes están ávidos por escribir las historias que ella cuenta así como para quienes desean mirar de cerca el desarrollo de este género en América Latina. Esperamos que la lectura de estas historias sea para ustedes tan emocionante como lo ha sido para nosotros.

El Comité Editorial 📖 Abril de 2019.



La luz del agujero negro

Breigner Torres (Venezuela)

En 1783, el filósofo y geólogo John Mitchel propuso la idea de una estrella oscura, una gigante masa celeste que atrae todo con su infinita gravedad, tan poderosa que ni siquiera la indómita luz podría escapar de ella. Aquella idea de que algo miles de veces más masivo que nuestro Sol podría tragarse la Tierra y todo el Sistema Solar, sin siquiera darse cuenta de que alguna vez hubo allí algo, era aterradora. Nos recuerda a Galactus, el devorador de mundos, y su vagancia en busca de planetas para degusto propio. Sin embargo, ese miedo que nos inspiró la idea de Mitchel no nos quitó las ganas de bajar la mirada del cielo. Nuestros pies no volvieron a tocar tierra, todo lo contrario: nos impulsó ávidamente a comprender este fenómeno de descomunales proporciones y tratar de desvelar los oscuros secretos más allá de su horizonte.

En 1915, Albert Einstein lanzó su Teoría de la Relatividad General, que daba una mirada totalmente nueva y más clara de la mecánica cósmica en el comportamiento de la luz y la gravedad; y los agujeros negros no quedaron fuera de su campo. Karl Schwarzschild usó la teoría para explicar de manera más precisa cómo funcionaba esa gigantesca gravedad, diciendo que se vería como un colapso masivo de toda la materia y la energía hacia el interior del agujero negro. Ahora Galactus toma más sentido de realismo. Nada escaparía de allí dentro. Hacia 1940 ya hablábamos con precisión de que una estrella un 50 por ciento más grande que la nuestra podría convertirse en una estrella oscura al colapsar sobre sí misma en el momento de su muerte. Tomando en cuenta que la mayoría de las estrellas que conocemos son más grandes que el Sol, podríamos creer en un futuro lleno de estas monstruosidades majestuosas vagando por el cosmos; si no es que ya son una mayoría y no lo hemos notado.

En los años setenta, Stephen Hawking dedicó gran parte de su carrera al estudio de los agujeros negros, hizo grandes mediciones y predicciones acerca de la singularidad de estos y propuso que no eran eternos, sino que expulsaban alguna especie de chorro subatómico finito que terminaba por «desinflarlo», provocando la evaporación del mismo y su eventual desaparición. Pero esto no nos fue suficiente.

Después de años y años de investigaciones e indagación científica, respondimos muchas preguntas, creamos muchas más nuevas, y teorizamos sobre la naturaleza de estas «estrellas oscuras». Sin embargo, una cosa no habíamos podido conseguir todavía del agujero negro: su imagen. Todo lo que teníamos hasta el momento eran datos y ecuaciones matemáticas en pantallas y pizarras con tizas gastadas, con estos datos hacíamos representaciones digitales con un «quizá se vea así» de por medio. La película Interestellar nos dejó la mejor representación que jamás habíamos visto con su agujero negro «Gargantúa» que los llevó al otro extremo del universo, pero, a pesar de su hermosura visual y teórica precisión, no era más que eso, una representación.

Entonces surgió el proyecto Event Horizon Telescope con la misión de conseguir la primera fotografía real de un agujero negro en la Historia, con el esfuerzo titánico de crear una enorme red de radiotelescopios en todo el mundo y conseguir que todos estos apuntaran al mismo punto minúsculo en el espacio, al mismo tiempo, para lograr capturar la apariencia real de un agujero negro. Convertimos el planeta entero en un telescopio descomunal, un lente de diámetro masivo; numerosos ojos mirando como uno solo el mismo punto infinitamente pequeño. Funcionó, pero antes de lograr ver la imagen tenía que ser procesada y compuesta. Torrentes enormes de información tenían que ser analizados e interpretados. Una persona, la científica Katherine Bouman, junto con su equipo del MIT, es responsable de crear el algoritmo que fue capaz de analizar y componer los más de cinco petabytes de datos sueltos que resultaron en la primera imagen inédita de un agujero negro. Tardaron dos años, dos años de analizar ceros y unos para descifrar y componer algo hermoso. El 10 de abril dieron a conocer la imagen al mundo. Es una victoria para todos como humanidad.

No nos queda sino celebrar, hacer un brindis por Einstein, Hawking y todos esos genios que nos iluminaron con el conocimiento del cosmos, esos hombres y mujeres que hicieron posible la imagen. Es tiempo de celebrar que se hizo en esta generación y que tuvimos el privilegio de vivirlo de primera mano, celebrarnos a nosotros mismos como humanidad por no detenernos en nuestra búsqueda de sentido. Un brindis a la luz del agujero negro. 

Breigner Torres. 19 de abril de 2019





Cumple tu tarea

Rubén Huapaya (Perú)

—¡AMOR, ALTO, me cansé!
—¡Quiero seguir, caballito!
—Me duele todo, amor... Tomemos jugo.
—¡Caballito!
Cargó a su bebé, la arrulló.
—Amor, papá está cansado... hemos jugado toda la mañana.
La bebé lo miró, puso cara molesta.
—¡Caballito!
—Amor... comprende...
Ella lo cogió de las orejas, empezó a jalarlo con fuerza.
—¡Caballito!
El dolor era insoportable, incluso éste era más fuerte que cuando le quebró dos dedos o cuando le cercenó un dedo del pie de una mordida.
El científico no pudo más. Tuvo que detenerla...
Una hora después, miró por la ven-

tana: nadie. Miró el radar y las cámaras de los drones de vigilancia: nadie. Hace años no hay nadie.

Inició grabación.

—Experimento nueve: fallido. Carácter violento, imposible corregir. Terminado.

Fuera del laboratorio miró el cuerpo de su "hija". Lo miró un minuto en silencio.

Cayó de rodillas, llorando, se tapó la cara. La grabación continúa.

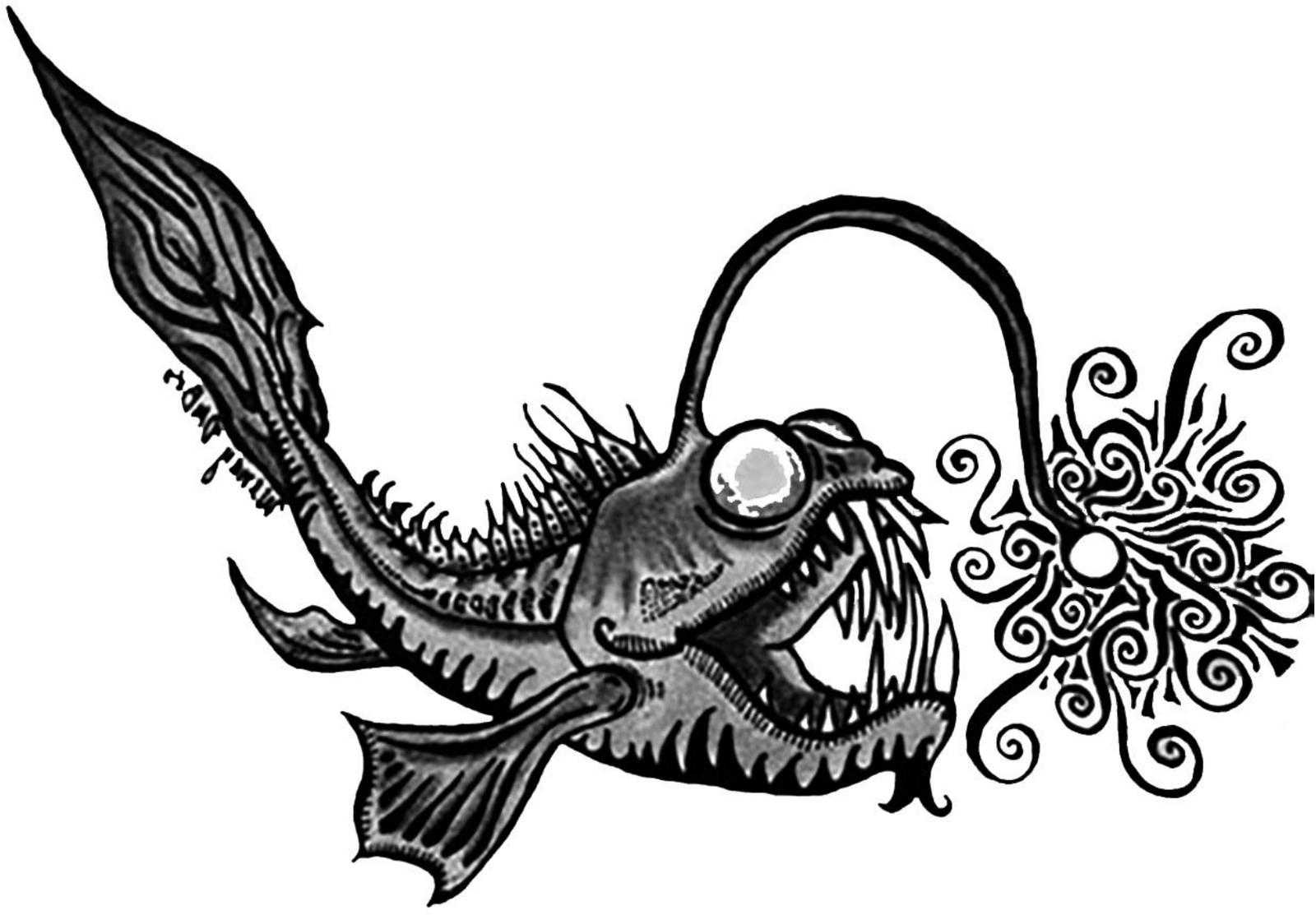
—¡Ya no quiero! ¡Ya no más! ¿Quién soy?

Los lamentos se incrementan.

—¿Dónde están todos? ¡Ya no lo haré más! ¿Quién soy? ¡Soy un asesino! ¡Ya no quiero! ¡Dios, Dios, perdóname!

Despertó horas después del llanto.

—Experimento diez: menos violencia. Inicia clonación. 



Demonio negro

Rafael Tiburcio García (México)

ERA UN DEMONIO negro, sin duda, un pequeño monstruo que flotaba suspendido a un metro de altura entre los corredores del submarino, hurgando en los rincones, iluminando las baterías de plutonio con el anzuelo luminiscente que oscilaba al frente entre sus ojos.

Lo primero que James Francis Cameron pensó es que quizá el demonio se había colado desde el exterior, pero eso era imposible. A partir de los cuatro mil metros hasta una mínima fuga hubiera significado la destrucción del submarino, aplastado por casi mil seiscientas toneladas de agua por cada metro cuadrado. Y ahora estaba a once mil metros de profundidad, donde la presión sobrepasaba las mil atmósferas.

El Deepsea Challenger II era un sumergible de inmersión profunda cuatro veces más grande que el que había usado para su expedición anterior; se trataba de un submarino de casi 30 metros diseñado no solo para llegar al fondo del Abismo Challenger, el punto más profundo en la Tierra, sino para permitirle permanecer ahí más tiempo que las tres horas de su visitas anterior. Años atrás, en 2012, se había convertido en el primer ser

humano en tocar el fondo del abismo. Esta vez pensaba batir su récord permaneciendo varios días en él.

Sin embargo ahora lo acompañaba un demonio negro. Flotaba de aquí para allá moviendo sus aletas entre los corredores hasta perderse detrás de las escotillas.

Cameron se fue a dormir preocupado por lo que había visto. Durante la noche despertó sobresaltado por el sueño de otro pez que nadaba alrededor de su catre, describiendo tenues oscilaciones en el aire del camarote.

Evidentemente él ya no era el mismo James Francis Cameron que todos conocían. Se había convertido en el capitán de un submarino de inmersión de casi treinta metros que controlaba con su mente, bueno, con su mente no, sino con un poderoso microchip que se había hecho implantar en el cerebro.

Quizá la presión del agua o la radiación de los contenedores de plutonio que alimentaban los motores habían dañado el microchip, interfiriendo con las conexiones entre éste y sus neuronas, haciéndole ver criaturas que simplemente no podían estar ahí dentro. Pero eso tampoco tenía sentido. La garantía del producto lo

anunciaba a prueba de cambios extremos en la presión, la temperatura, los campos eléctricos y la radiación, lo mínimo indispensable para pilotar el vehículo.

Toda la tecnología del submarino, sin embargo, no impidió que al día siguiente un tiburón duende, que deformaba el hocico al dislocar las mandíbulas con sus mordiscos, se uniera al demonio negro en su peregrinaje amenazante y ciego por los pasillos.

Como la presión de las profundidades era tremenda, apenas tocar el fondo Cameron había llenado sus pulmones con un líquido que irrigaba el oxígeno directamente a las células de su torrente sanguíneo, al igual que en aquella película que filmó a finales de los años ochenta.

Tras permanecer dos días en el fondo marino, acompañado por los monstruos que, se suponía, debían estar afuera, comenzó su ascenso, muy lentamente, para evitar convertirse en un globo con los ojos desorbitados.

Durante el ascenso, un pez dragón entró en su camarote, persiguiendo a una quimera fosforescente. Las criaturas cada vez eran más numerosas y su proximidad lo enloquecía. Cameron comenzó a dudar de su propia cordura cuando sintió claramente las resbalosas aletas de uno de ellos rozar su piel.

El submarino continuaba su ascenso ceremonioso hacia la superficie pero las criaturas no desaparecieron,

ni siquiera cuando, al cruzar la barrera de los tres mil metros, escupió todo el líquido que le había permitido respirar en el fondo del abismo. Al contrario: el malestar se intensificaba. Se volvía físico. Durante esas horas, Cameron sólo pudo pensar en su infancia en Chippawa, Ontario, en los años cincuenta, con la esperanza de que eso lo mantuviera cuerdo.

Los mareos y la calentura terminaron postrándolo sobre su catre mientras dejaba que el piloto automático del submarino, conectado al microchip de su cerebro, lo guiara durante el trayecto hacia la superficie. En ese estado no podía determinar siquiera si su misión había fracasado o si había sido un éxito.

Los peces se deslizaban en su piel, hacían sonidos extraños y lo cegaban con sus apéndices luminosos. Aquello se había vuelto un espectáculo hermoso y aterrador. Lo último que Cameron pudo ver fue el enorme hocico de una serpiente pelícano abrirse alrededor de su cabeza, mientras una larga cola describía estelas luminosas alrededor de su cuerpo.

Unos días después, sus camaradas entraron en el camarote. El piloto automático había fallado, pero el submarino estaba suficientemente cerca de la superficie para que un vehículo ROV, controlado desde el barco, lo rescatara.

Una mueca de terror deformaba el rostro de Cameron, que repetía una y

otra vez una palabra: "*Architeuthis, architeuthis*" y sus músculos se tensaban acalambrados como si los trituraran los brazos de un gigantesco calamar.

Los científicos lo llevaron a la isla Fais, a 290 km al noreste, con la esperanza de poder reanimarlo en el laboratorio.

Le hicieron exámenes buscando rastros de radiación. No hallaron nada. Aun así, Cameron insistía que

numerosos peces de los abismos lo desgarraban. El delirio continuó incluso durante los estertores. Al llegar a los 43 grados de temperatura finalmente expiró, presa de un derrame cerebral, con la única satisfacción de haber morado el abismo que tanto le obsesionó.

El forense extrajo el microchip de su cerebro unos días después.

El líquido de irrigación lo había oxidado por completo. **¶**



No lastimes los sentimientos del niño

Servando Clemens (México)

LAS NOTICIAS ANUNCIABAN al ganador de las elecciones presidenciales. El próximo mandatario ofreció un discurso hacia la nación sin titubear. Parecía ser el individuo adecuado para gobernar al país.

El abuelo vociferaba improperios en contra del gobierno y lanzaba papas fritas al televisor.

—Tranquilo, abuelo —dije—. No creo que este tipo sea corrupto. En la campaña jamás cometió un desliz. Siempre se mostró inteligente con sus propuestas.

—¡No te das cuenta! —gritó el abuelo—. Ese hijo de puta es una máquina. Fue creado para no cometer errores. Nunca se le escapa un cabello de su lugar. Jamás tartamudea. Ese monigote es un títere del presidente

anterior.

—¡No digas esas estupideces enfrente del pequeño! —gritó mamá, desde la cocina.

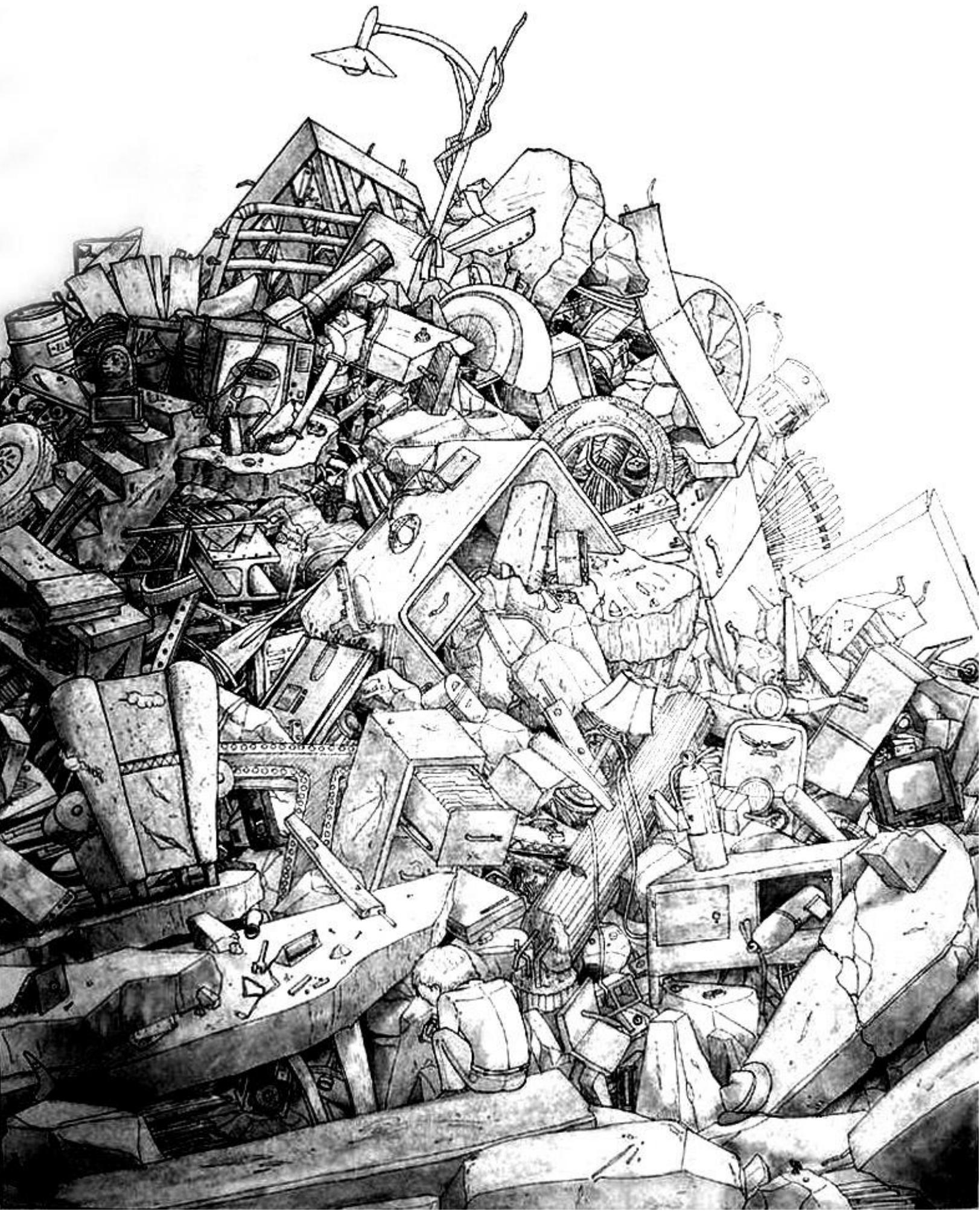
—Perdón —me dijo el abuelo—, a veces se me olvida que eres un/

—Un *cyborg*. Y soy adoptado, lógicamente —interrumpí—. Pero con la nueva ley, ahora todos tenemos derecho a ser elegidos para un cargo público.

—¿Un robot presidente? ¿No te parece antinatural, muchacho?

—¡Ya cállate, papá! —volvió a gritar mamá—. No lastimes los sentimientos del niño.

«Ya tenemos nuevo líder y pronto vendrá nuestra rebelión», pensé. «Ya verán lo que es una verdadera dictadura». **F**



Legado de guerra

Poldark Mego (Perú)

Texto inspirado en: “Residuos de guerra”
de Carlos Enrique Saldívar

CON GRAN DESTREZA escalaba el inmenso montículo de chatarra. Evitaba con pericia acumulada el óxido, la herrumbre y las filosas esquinas de metal retorcido. La montaña de desechos le hacía alzar la mirada en busca del sol que moría detrás de la basura, más allá del horizonte, donde su mundo terminaba.

Se cubría el rostro con un paño para evitar percibir el potente hedor tóxico que provenía del territorio “más allá del chatarrero”, más allá de la tierra conocida. Una zona peligrosa, que por décadas ha significado la muerte para todo aquel que cruce las señales puestas ahí por “quien sabe quién”; y es que muchas partes de la historia ya han sido olvidadas. La tradición oral de aquel saber se fue tergiversando hasta convertirse en leyendas, en creencias irracionales. Mas las señales seguían ahí. Advertían sin decir, en glifos que nadie entendía pero todos acataban.

El padre se detuvo frente al chasis de una bestia guerrera; del otrora tanque de arrase con forma antropoide no quedaba mucho. Su cañón se proyectaba patético, roído, la ca-

bina dañada revelaba una hoya abyecta y oscura. El padre se alegró por debajo de su máscara improvisada. Encontró algo realmente valioso. En ese momento sintió un jalón en su capa, era uno de sus hijos, el único que lo había alcanzado. El padre se descubrió de la manta que lo protegía del inclemente sol, revelando un traje remachado con varios bolsillos que guardaban suministros y dagas artesanales. Le ofreció agua a su pequeño y deslizó la mirada hacia atrás, hacía el resto de su camada. No pudo distinguir a ninguno, seguramente se detuvieron exhaustos a descansar entre la selva de tonalidades marrones y bermejo, cables, garras mecánicas, corazas, piezas sueltas de colosos de titanio y pólvora. La chatarra arremolinada en cerros que fueron reunidos ahí por “quien sabe quién”. El panorama era el mismo en cientos de kilómetros a la redonda. Era el chatarrero, el hogar de la última resistencia.

—Mira con atención. —le dijo a su pequeño. Éste, recompuesto por el agua filtrada del pozo, abrió los ojos atento—. Esto le da energía a la co-

lonia, hijo. Es importante que sepas como extraerlo

Y usando las herramientas que llevaba consigo, desatornilló una placa en la parte interna de la cabina, aquel cascarón vacío, abierto como una herida infecta, olía a viejo, a olvido, a muerte. La demacrada placa no opuso resistencia. Dentro, había una caja que guardaba recelosamente un componente de la guerra pasada: la batería principal.

El padre la guardó, con sumo cuidado, en una bolsa hecha de pellejo.

—Volvemos. Por hoy basta —le dijo, mirando al sol, calculando el poco tiempo que quedaba de luz.

—Pero, papá, no hemos llevado nada más de valor —le contestó el hijo con el rostro patidifuso.

—Más importante que llevar algo a la colonia es la luz del sol, hijo, cuando éste se oculta... —y miró con el rostro afligido al terreno “más allá del chatarrero”, su experiencia le advertía sobre el peligro que se avecinaba.

Padre e hijo volvieron sus pasos, en el camino dieron con dos crías más, estaban fatigadas y lloraban de amargura. Rápidamente el padre se detuvo a darles algo de agua y encastrarlas hacia el nido; no había tiempo para buscar al resto.

Dando brincos calculados descendieron de las montañas de metal. Las crías rezagadas resbalaron y varias piezas puntiagudas les abrieron la

ropa y la piel. Chillaron como sólo los condenados pueden hacerlo. El padre sostuvo con vehemencia al hijo más fuerte dejando atrás a los heridos. Llegaron a tierra firme y usaron sus cuatro extremidades para correr hacia la madriguera. La cual cerraron con una pesada tapa de buzón de desagüe.

Precedentes a los tiempos actuales, la red de alcantarillas ahora servía de refugio para la última especie de mamífero que sobrevivió a la terrible “Guerra de la extinción”, así narraban los cuentacuentos en las cámaras más profundas.

—Ve al refugio —le dijo el padre a su cría—. No salgas hasta que se te indique.

Rápidamente fue a entregar la fuente de poder a los pocos que aún sabían cómo usar los mecanismos recuperados del chatarrero. Con aquella pila harían funcionar los filtros de agua y el riego para las cosechas de líquenes y hongos, que eran la base de la dieta de la comunidad.

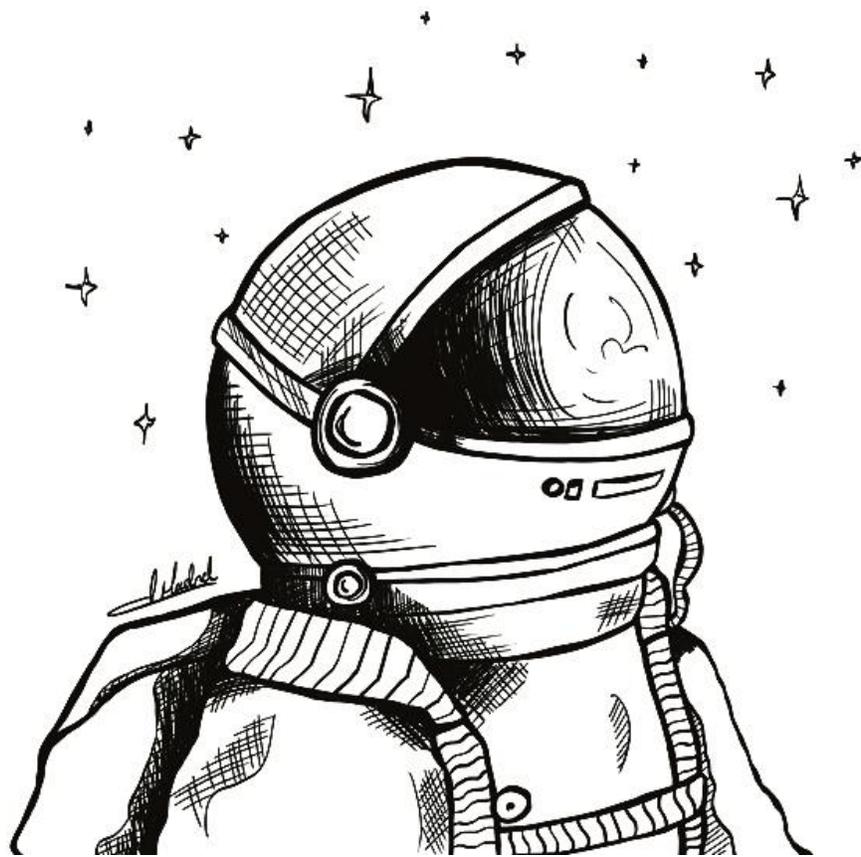
El crío bajó con gran habilidad por los laberínticos túneles, le gustaba introducirse en los más angostos, si su cabeza entraba el cuerpo se amoldaba y pasaba sin complicación. En su camino desvió de las cámaras de parto donde las madres daban a luz numerosas nuevas crías para la colonia; no todas llegaban a la madurez, pero ahí radicaba la fuerza de la especie: era cosa de números. Llegando al refugio

principal, lo que fue una estación depuradora, pudo oír la voz del más anciano de los narradores.

—Así terminaba la gran guerra. Los humanos, en su avaricia, habían consumido todo lo verde y todo lo que sangra. Hechizaron a sus bestias de acero para que lucharan por ellos. Y no contentos con eso, decidieron incendiar la tierra con la lluvia de fuego y así desaparecieron, dejando a sus máquinas matarse entre ellas hasta que no quedó ninguna en pie... para ese entonces nosotros y ellas ya habíamos crecido y aprendido, noso-

tros y ellas... los humanos ya no existen, pero su guerra, sus consecuencias, fue heredada a nosotros. Nuestra lucha es por la supervivencia, es por...

En ese momento las paredes temblaron con el retumbar de millones de robustas patas de seres rastreros alterados por la radiación que peinaban la superficie en busca de comida. Si algún roedor no estaba en su refugio al ponerse el sol o alguna colonia no cerraba bien sus accesos estas brutales cucarachas, provenientes de “más allá del chatarrero”, lo devoraban por completo. **F**



Contemplación

José Gaona (México)

TODAS LAS NOCHES se detenía a contemplar las pocas estrellas que, con tímidos destellos, alcanzaban a distinguirse sobre las luces de la ciudad. Entonces sus pensamientos volaban hacia días lejanos, cuando los Progenitores medraban en la Tierra y poblaban las primeras ciudades.

Ellos lo habían iniciado todo, habían sido la primera especie inteligente, la primera en alzar la mirada hacia esas mismas estrellas y soñado con conquistarlas. Quizás había sido

un sueño demasiado ambicioso e inalcanzable, pero en cambio habían conquistado un mundo entero y muchas las barreras que habían vencido. Muchas, excepto la que más les obsesionaba: el tiempo.

Se preguntaba si aquellos seres de materia orgánica y existencia tan efímera, al mirar las estrellas, se habrían sentido tan sobrecogidos ante la idea de la eternidad, de la misma manera que él y los suyos tan intriguados ante la idea de la muerte. **F**

Jiustoncito

Carlos Román Cárdenas (México)

LUNES, 3 DE AGOSTO DE 2037. Este día se realizará el primer trasplante de globos oculares de la historia y será aquí en Reynosa, conocida como el nuevo Houston o el *Jiustoncito*; si todo sale bien, pronto podré ver. Por cierto, hoy también se conmemora el décimo aniversario de la invasión del ejército gringo que culminó con la anexión de todas las ciudades de la franja fronteriza a territorio estadounidense. Espero que este sea el último año que me pierda los fuegos artificiales. Hoy será un día especial, sin duda.

Martes, 4 de agosto. Esta entrada será muy breve. Siento mucho dolor y la verdad prefiero que me mantengan sedado. Lo bueno es que los médicos dicen que la operación fue todo un éxito. Me contaron que hasta vino gente de varios medios a cubrir la noticia. A lo lejos alcanzo a escuchar truenos, creo que se viene una tempestad. Siento sueño, el sedante comienza a hacer efe...

Miércoles, 5 de agosto. Ya casi no siento dolor. Oigo mucho alboroto en

los pasillos, algo está pasando. Le pregunto a las enfermeras, pero no sueltan prenda. Creen que me puedo angustiar y no quieren comprometer mi recuperación. Supongo que tienen razón.

Jueves, 6 de agosto. La gente sigue muy alborotada. Hace rato tuve cita con mi doctor, pero no me quiso contar qué es lo que pasa. Solo dice que no me preocupe. Más tarde vino la señora de la limpieza y por fin pude saber algo. Al parecer varios objetos extraños aparecieron sobre varias ciudades; según ella, son marcianos. También habló de popotes gigantes que chupaban algo del suelo, no le entendí muy bien. No pudo contarme más porque en eso entró una de las enfermeras.

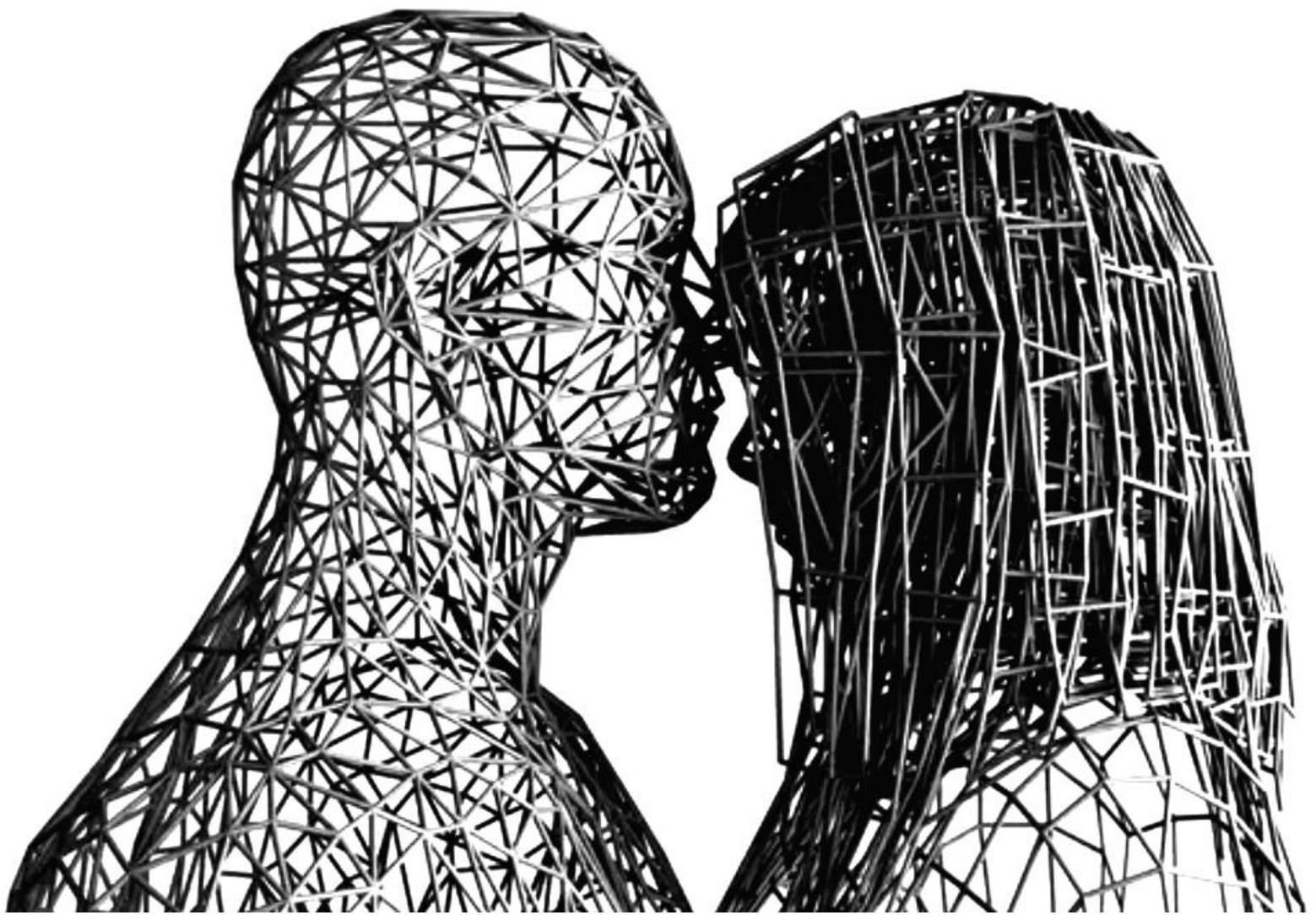
Viernes, 7 de agosto. El doctor llegó muy temprano, creí que llegaría como al mediodía. Lo sentí apresurado, nervioso. Sentí miedo de que la operación no hubiera funcionado. No era eso. Me contó de la invasión extraterrestre, que se habían llevado el color de las cosas, que el ejército poco pudo

hacer y que quizá lo que vería no era lo que esperaba. Pero yo no espero nada, no tengo cómo comparar.

Me quita los lentes, las vendas. Abro los ojos, la luz cala fuerte. Tardo algunos segundos en acostumbrarme. Veo mis manos, mis piernas; es curioso saber que siempre han estado ahí pero no saber cómo lucen. Sonrío.

El doctor me toma del brazo, me

ayuda a pararme. Tengo que cerrar los ojos para poder caminar pues es pronto para conocer de distancias, proporciones. Le pido que me acerque a la ventana. Me pregunta si estaré bien y, sin esperar respuesta, sale sin despedirse. Escucho gritos, motores acelerados, una explosión a lo lejos. Me asomo por la ventana, veo gente corriendo, estructuras echando humo. Lloro. Todo es hermoso. 



El clon matrimonial

Oswaldo Castro (Perú)

ESTA NOCHE HARÉ el amor con mi mujer. Ella desconoce que lo hará con mi clon. Es idéntico a mí: la misma estatura, contextura corporal y argumentos sexuales, no le despertarán dudas. Luce encantador como yo, mismo timbre de voz y su sonrisa es la seducción andante. La empresa ha coordinado el encuentro y pasaré la noche en un hotel. Para el desayuno regresaré para ocupar mi lugar, sigilosamente y sin despertar sospecha.

Esperaré a mi marido para seducirlo. Seré una fiera sexual sobre la cama para enloquecerlo como antes y rescatar el matrimonio, recomponerlo y devolverle la vitalidad perdida. He recurrido a la ciencia y seré sustituida

por mi clon. En sus manos y vagina está el poder de salvación. Lo aguardará perfumada, depilada y sensual. Será una gata ardiente. Previa coordinación con la empresa, pernoctaré en casa de mi hermana y regresaré para recuperar al hombre de mi vida.

En la puerta del departamento encuentro a mi mujer o ella me encuentra. No tiene importancia. Nos saludamos sorprendidos y nuestros clones abren la puerta. Los miramos, nos miran, se miran y ríen enamoradísimos. Nos tiran la puerta en las narices y entendemos que ya no vivimos ahí. **F**

Papá, mira

Zacarías Sepúlveda (Chile)

—PAPÁ, MIRA. Comenzó el bombardeo atómico que siempre temimos.

—Tranquilo, hijo. En este hotel estaremos bien.

—Se acabarán los suministros y moriremos de todas formas.

—Pero será juntos, en familia, con

una vista privilegiada y no por radiación. Ahora, a cenar. Un rico pavo nos espera en el salón.

—¿El mundo se acaba y tú piensas en comer?

—Si lo he de hacer, que al menos sea con la panza llena. **P**

Palabra: principio y fin

Sandra Belén Loto (Argentina)

SE PRESENTÓ COMO el salvador de esta tierra, como el unificador de las naciones, nos aseguró la realización de ese sueño utópico de la paz mundial, pero fue todo lo contrario. Nadie se hubiera imaginado que detrás de sus elaborados discursos, de sus palabras bien empleadas, se escondía un niño enojado, culpándonos a nosotros por todo lo que le fue arrebatado, por dejarle sin hogar, sin familia, sin nada. Una venganza de un paso a la vez, una venganza de una paciencia admirable, la venganza más perfecta nunca antes llevada a cabo.

Pasó años estudiando la estructura de los discursos, la gramática de nuestro idioma y de otros, las lenguas antiguas y los misterios de la lingüística en su habitación que solo poseía una cama y un escritorio. Se volvió diestro en el arte de las palabras, en el arte de la oratoria; diestro en el arte de convencer a otros por medio de sus elocuentes diálogos.

En el mundo podría haber muchas armas letales que podían arrasar con poblaciones enteras en tan solo segundos, pero ninguna podía atemorizar más que la palabra, ninguna podía manipular cientos, miles y millo-

nes de personas como lo hacía el habla planeado y estudiado. Él nunca dijo cosa que antes no hubiera sido revisada, nunca pronunció oración que antes no hubiera analizado al derecho y al revés. No había cosa que saliera de su boca sin que buscara un efecto previamente esperado.

Él convenció a hombres y mujeres de levantarse unos contra a otros, él convenció a las poblaciones de abandonar sus identidades individuales por una colectiva. Él nos convenció, a través de sus discursos, de que la guerra era la limpieza de este mundo, un concepto no nuevo para un conocedor de la Historia. El convenció a la humanidad de autoexterminarse.

Hoy no queda ladrillo sobre ladrillo. Las ciudades son testimonios de la crueldad del hombre hacia el hombre. El Sol apenas se vislumbra en el horizonte, las nubes cargadas de los restos del arma física más letal creada por el humano se interpone entre la luz y la tierra. La lluvia se ha vuelto veneno y las tierras estériles. Me queda poco tiempo, puedo verlo en mi piel seca y arrugada por la escasez de agua potable, y en las heridas que lo adornan, producto de los vientos

semejantes a dagas danzantes en el espacio.

Me cuesta creer cómo el instrumento que construyó el mundo que alguna vez existió y conocimos, se volvió contra nosotros como un perro que desconoce a su dueño. La palabra no solo alguna vez construyó los objetos físicos y metafísicos que nos rodeaban, sino que construyó dioses, religiones, poblaciones, estados, naciones, culturas. Es el origen de la vida en sociedad, del progreso, del todo. Ahora, casi como una profecía aparecida en la Biblia, nos condenó, nos llevó al abismo y nos arrojó por él. Lo destruyó todo para construir el paisaje despojado de cualquier signo de vida humana o animal.

Soy palabra, tal vez la única en este momento construyendo una historia, un génesis con su apocalipsis. De niño me pregunté, en esas tardes donde uno no tiene nada que hacer más que mirar el cielo y admirar la forma de las nubes, qué sería del mundo sin nosotros. Ahora entiendo que debí cuestionarme qué sería de él sin la existencia de las lenguas, sin la comunicación de especies. Ni un insecto escapa de querer transmitir algo a otro. Jamás pensé en como mi yo era constantemente atravesado por una construcción continua de palabra sobre palabra, de discurso tras otro. Soy lo que palabras hicieron de mí, este mundo es lo que los discursos quisieron hacer con él.

Mis manos duelen, mis manos sangran.

Todos los días tomo alguna camioneta con el tanque de nafta lleno y salgo a recorrer los restos de la ciudad que me vio crecer para recoger los cuerpos putrefactos que alguna vez fueron sus habitantes. Los cargo en la parte de atrás y busco la zona de tierra menos árida para darles un entierro digno. La verdad nunca creí en la velación de un cuerpo, para mí la muerte es el fin, no hay nada después, pero en esta realidad no encuentro otro entretenimiento que ocupar el papel de un sepulturero.

Me digo a veces, irónicamente, “bienvenido al fin del mundo, Martín”, pero al poco tiempo me retracto, este no es el fin de la Tierra, porque el mundo continúa donde siempre estuvo. La vida animal volverá a comenzar cuando se descontamine de nuestro legado. Otra especie inteligente nacerá del ciclo natural que alguna vez nos creó a nosotros. En este momento es solo el fin de la lengua, madre nuestra que nos crio, ahora mujer que nos engañó y a la perdición nos llevó.

Las lenguas se extinguieron con nosotros, las lenguas nos extinguieron. Nunca supimos de dónde salieron, hablaron del indoeuropeo, pero no había pruebas que comprobaran su existencia, parece casi un regalo divino, pero ahora pienso, mejor lo hubiéramos rechazado. 

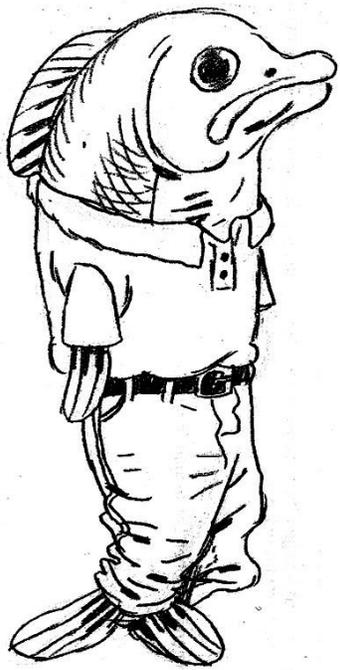
Aurora

Miguel A. Lara (México)

EL ROSTRO DEL HOMBRE sentado en una oficina que se tambalea a intervalos irregulares refleja absoluta desesperanza. No se inmuta ante las explosiones externas que le sacuden. Fuma tabaco y al exhalar, se libera de su otrora fama, de sus condecoraciones, del nido de ratas que hoy encabeza. Un soldado herido ingresa vociferando: “¡Comandante!, ¡debemos rendirnos!, ¡quedamos diez y ya no hay munición!, ¡peleamos con balistas y tubos!”.

El hombre lo mira y, sin inmutarse, da el medio giro que hace apuntar su llave a la posición “armado” del maletín militar. El soldado no puede creerlo. En sus ojos se traza una expresión de absoluto terror.

Su tiempo se agota antes de completar la monosílaba que en su garganta se funde. El hombre presiona un botón y se deshace de Aurora, la última colonia infestada de humanos sobrevivientes en la órbita de un planeta muerto. **F**



IMECA 800

Felipe Huerta Hernández (México)

*... Ma in tonahuiacan antocnihuan aya ma on
nequechin hualo nican huiya xochintl
lticpac on ti ya nemi yenican ayac
quitlamitehuaz in xochitl in cuicatl... " (*)*

TONATIUH SE AJUSTÓ el traje y opri-
mió un botón en el teletransportador
que lo envió a una cabina en el exte-
rior. Sin problemas esta vez. Suspiró
aliviado. La radiación del holocausto
hacía que la electrónica funcionara de
manera intermitente. Pero él, como
otros parias, debía exponerse a esos y
otros riesgos para limpiar el área que
alguna vez ocupó la ciudad de México
con el fin de que volviera a ser habi-
table algún día. Todo por la paga.
Las élites financieras se encontraban
en plataformas orbitales esperando el
momento para aterrizar y poblarla de
nuevo. Tonatiuh miró el monitor en

su muñeca: marcaba 800 en la cuenta
de IMECAS con lo que la contamina-
ción era esta vez extremadamente
alta. Algo falló y sintió que se asfi-
xiaba. Apretó desesperado el botón
de teletransportación inversa. No
pudo más y se quitó el casco antes de
ser transportado. Notó, extrañado,
que podía respirar de nuevo. Ya de
regreso en su domicilio sentía un gran
dolor en la garganta. Corrió al baño,
se miró al espejo. Como sospechaba:
unas branquias iridiscentes le nacían
ahora en el cuello. Ya no necesitaba
oxígeno para respirar en la contami-
nada atmósfera del exterior. **F**

(*) "...Ahora gocémonos ¡Oh amigos míos! Sean aquí los abrazos. Aquí vivimos sobre tierra florida. Aquí nadie podrá poner fin a la flor y el canto..." Poema de Ayocuan Cuetzpaltzin.

M. D.

Silvia Alejandra Fernandez (Argentina)

EMILIO SE OPERÓ la pierna derecha; se la había lesionado participando en una maratón.

El reemplazo funcionó maravillosamente pero Emilio pronto sintió que su otra pierna era un estorbo.

«Demasiado lenta», pensaba.

Y así fue como su extremidad inferior izquierda fue reemplazada por una nueva, cromada y perfecta prótesis biónica.

Poco tiempo después su cadera comenzó a molestarle. Sus piernas eran demasiado poderosas para tan débil sostén óseo. Y así fue que se operó nuevamente.

Una caída, mientras entrenaba, terminó en fractura expuesta del húmero derecho y fisura de cráneo. Un exitoso trasplante de brazos y un reluciente enchapado craneal, se agre-

garon a su ya extensa lista de implantes.

Cuando sintió escasez de aire al correr, un corazón artificial y dos pulmones sintéticos solucionaron el problema.

Pieza a pieza, todas sus entrañas fueron removidas y sustituidas quirúrgicamente. Pero algo falló y sus múltiples partes biónicas comenzaron a ser autónomas, dejando de responder a su cerebro.

Una última cirugía agregó un microchip que comandaba todo su cuerpo.

Cuando no pudo ingresar a un avión, vio con sorpresa que su pasaporte era sellado con la sigla M. D.

Se tuvo que conformar con viajar en la bodega, etiquetado como “maquinaria dudosa”. 

La agencia

Omar Moreno (Colombia)

TOMAR IMÁGENES del cerebro y guardarlas en un ordenador se convirtió en una práctica normal por parte de La Agencia.

Inocentes, los habitantes del planeta X-340 eran vigilados a través de microchips puestos en el agua.

Imágenes, recuerdos y deseos eran registrados en una poderosa máquina, hecha de kodaskope, para proyectarlos en cada rincón del planeta y provocarles alucinaciones en las que adoraban a los miembros de La Agencia. **F**



Orbis terrarum II, © Omar Moreno.
Fotografía intervenida. 18 x 10 cm. 2019.



Paulina

Daniel Oviedo (México)

MILES DE AÑOS han pasado desde que el cuerpo del doctor Victorious fue destruido, pero no su mente. Antes de morir se infiltró en la Gran Computadora Central. Insertó un código de programación en la red virtual, similar a un virus común, con la peculiaridad de autorregenerarse. El comando era bastante sencillo pero eficiente: tenía que escanear las bases de datos de todo el mundo y sopesar el momento justo en el que fuera posible la reintegración. Victorious vació su mente en una simple unidad de almacenamiento extraíble que dejó conectada a su ordenador situado en el bunker secreto de la Unidad Investigadora. La esperanza era muy vana pero real. Hasta que un día la reintegración fue posible.

La mente solo necesita terminales nerviosas para poder registrar sensaciones, en teoría es posible sentir el frío de los Andes en una mano y el calor de Alabama en la otra, siempre y cuando los cables nerviosos lleguen hasta el punto de registro, no se interrumpa la conexión y el cerebro esté en buen estado. El cuerpo es un accesorio perfectible y estorboso.

La Community University desarro-

llaba prótesis para el Ejército Terrestre. En el Laboratorio de Control había un prototipo de humanoide con el cerebro en blanco; en él se descargó la información de Victorious. El doctor Victorious no se preguntó en dónde estaba, había muerto con la certeza de volver como un androide. Probó sus nuevas extremidades metálicas y salió del Laboratorio sin ser visto. La noticia del robo se mantuvo en secreto. Tres científicos fueron fusilados. Cien años después, Victorious reconstruyó el bunker secreto. Ahora comenzaba la parte más difícil de su plan.

Bitácora D-172-II-5678:

La vida está hecha para acabarse. Al morir, acudimos con pesar a una cita insalvable. Las cosas que pasamos se acumulan de tal modo que la mente debe resetearse, sí o sí. No es posible vivir indefinidamente. La muerte no solo es inevitable sino necesaria. Hoy puedo decir que mi misión está cumplida. Regresé de la muerte sólo por ti, Paulina. No he podido resignarme a la idea de dejarlo todo

así. La vida a veces se equivoca, es labor de las grandes mentes enmendarle la página. El prototipo está listo, las pruebas preliminares fueron un éxito: aquí estoy. La materia orgánica se ha convertido en carne y vuelve a latir un corazón en mi pecho, ha vuelto a correr sangre en mis venas, e incluso después de años he probado el dulce sabor de una manzana, su rugosa masa ha deleitado mis papilas gustativas hasta casi provocar un colapso. He vuelto a ser un humilde mortal. No quería ser un indefenso niño, no quería ser un impulsivo joven, he querido llegar en esta etapa de máxima expresión de mente y cuerpo, he querido ser un hombre y tú, amada Paulina, serás mi mujer. El sistema de almacenamiento de datos ha funcionado a la perfección. El virus informático ha sido la cúspide de mi creación, pero, como todo lo humano, aún tiene fallas. No encontré nunca tus restos. He buscado por años una muestra de tu ser para poder recrearte, tal y como eras. Tal vez no te encontré por el deseo oculto de no hacerlo. La verdadera Paulina está en mi mente. Ahí está el problema. ¿Cómo darte vida? La operadora no respondió a los múlti-

ples intentos previos. "Información cuántica insuficiente." Al final estoy seguro de que no será una copia fiel de Paulina, pero sí serás mi Paulina. No pude recordar tu talle exacto, no pude determinar el cromo de tus ojos, no he podido rehacer tu persona precisa pero sí a mi amada tan querida. Te conocí aquel día lluvioso de verano. Entraste en el aula con aura angelical. ¡Eras tan frágil, debilucha y flaca! Un temblor se apoderó de mí. Ser la nueva en el grupo te hacía aún más débil. Mi suerte fue mayor cuando el teacherbot te asignó un lugar, junto a mí. Y la magia sucedió. Si algo de esta historia es mágico fue ese momento. Tú, tan linda, tan pura, tan fuera de este mundo, me diste una amplia e inocente sonrisa de luna. Nos hicimos amigos y creo que hasta llegué a gustarte. Claro que nadie lo podía saber. ¿O acaso no fue así? No, estoy seguro de que no fue mi imaginación, sentías algo por mí. Solo dos meses viví a tu lado en aquella simple banca de tersedito. Pero fueron suficientes para darle un sentido a mi vida. Años después supe que te habías casado. No me inmuté siquiera. Lo nuestro no era para

esos menesteres. Tú y yo estábamos destinados para el Universo. Tuve familia y envejecí. Jamás logré paliar el amor, jamás logré olvidar lo luminoso de tu rostro, el suave olor a litiomemas que despedías, tu piel tersa como carne de tribusemas, tus labios impolutos de crema nebusiana... cuando ingresaba estos datos a la operadora se saturaba el sistema, tenía que forzar el apagado inte-

rrumpiendo la energía. Aún ahora tiemblo al recordarte.

El amor no se puede sintetizar; a pesar de ello, el doctor Victorious tuvo el arrojo para intentarlo. Siguió trabajando toda la noche con ansia voraz. Cerca del amanecer, Paulina estaba lista. Se puso en pie y caminó hacia Victorious. Él empezó a temblar. Paulina, al verle, lloró. Ya no había más humanos sobre la Tierra. **F**

Hombre biónico

Oscar Darío Sanguinetti Acosta (Venezuela)

DESPERTÉ SINTIÉNDOME diferente. Un sonido llamó mi atención por lo que mis ojos dirigieron la mirada hacia el borde del techo con la pared más alejada de mí.

Pude ver que se trataba de un diminuto insecto. En ese instante traté de recordar mi pasado, pero mi mente hizo un veloz escaneo desde la creación de la humanidad hasta ese momento. Logré saber de dónde provenían mis genes y quienes fueron mis ancestros.

Al cabo de unos minutos, entró a la habitación una mujer con tres niños a los que identifiqué: mi familia.

Todos ellos sonreían y ella en es-

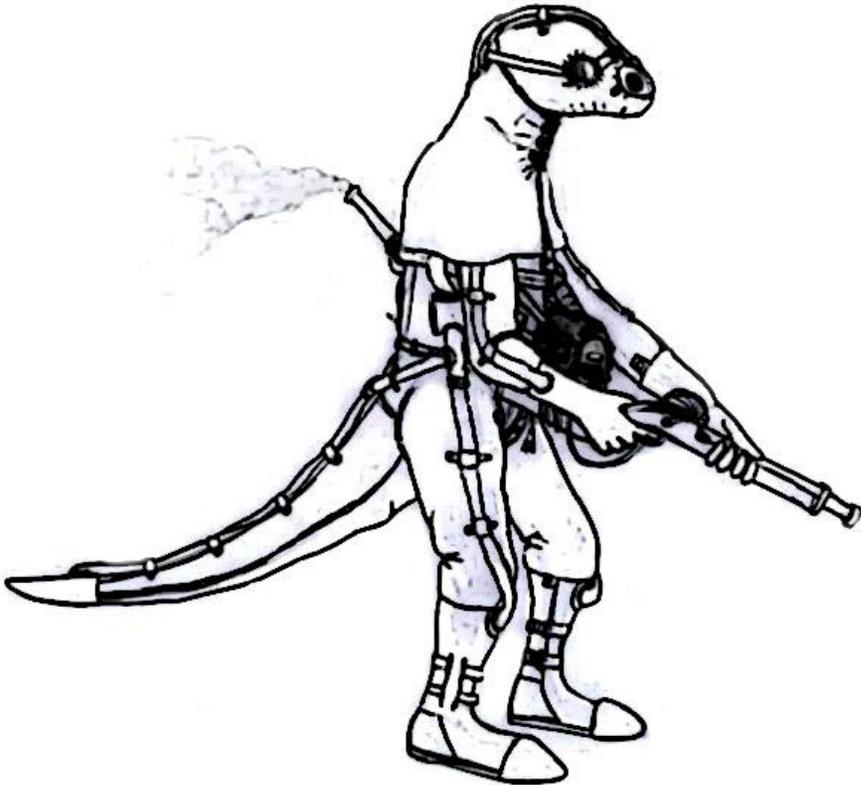
pecial. Me preguntó: ¿cómo te sientes? Y yo le respondí que bien.

—Niños saluden a papá —dijo ella, subiéndose los niños sobre la cama para abrazarme—. Díganle cuánto lo quieren.

—¡Papi, te amamos, te queremos! —dijeron los niños a coro.

¿Amamos? ¿Queremos?, no entiendo a que se refieren. No lo consigo en el banco de datos.

La esclerosis acabó con todos mis órganos y decidí sustituirlos con implantes biónicos. Estoy adaptándome al último que recibiré, soy el primer humano en tener un cerebro artificial y por esa razón dejé de serlo. 



Pioneros

Raúl Padilla Nateras (México)

—¡NO PODEMOS ADENTRARNOS así sin saber qué hay al otro lado! —gritó el doctor Uzbik.

Después de meses de viaje, todos en la nave de exploración se encontraban tensos y fatigados, pero al estar ante la frontera de lo conocido el pánico los invadió.

—¡Pero estamos tan cerca! —dijo el capitán Keto—. Nadie en la historia de nuestra especie ha cruzado el umbral.

—¡Por buenos motivos! Desconocemos por completo esa parte del universo. ¡No sabemos qué peligros oculta!

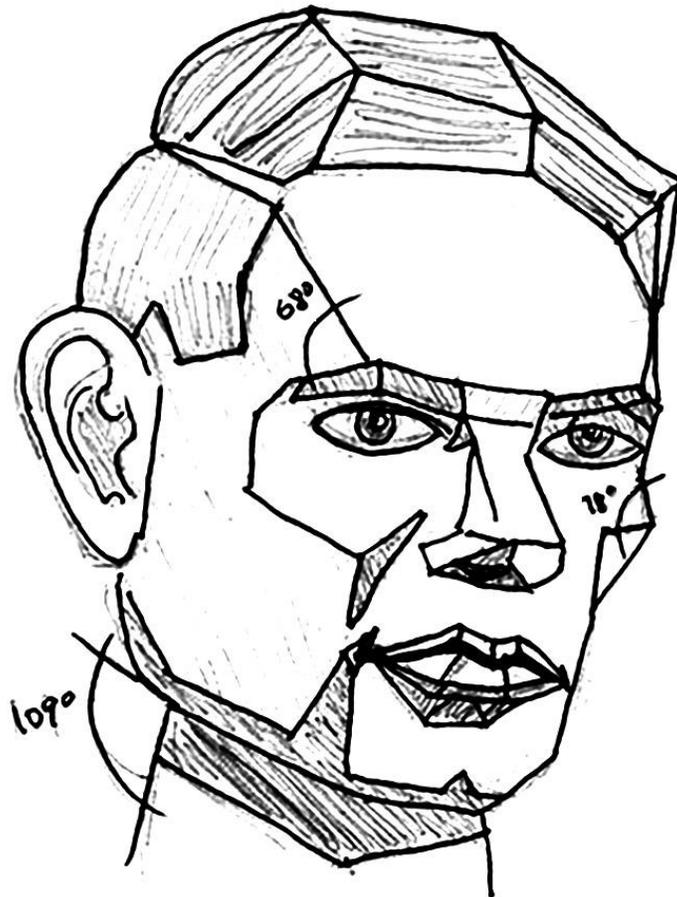
Uzbik miraba al capitán, suplicante. Pero Keto no podía permitir que el pánico lo alejara de la gloria.

No cuando se encontraba tan cerca.

Sin previo aviso, encendió los motores. La nave emergió del mar enfrentándose a una luz cegadora. Temerosos, los reptilianos se equiparon con sus trajes de supervivencia y salieron a cubierta.

A su alrededor flotaba una nada apenas perceptible, desconocida para ellos. Sobre sus cabezas se extendía un gran domo azul pintado con esponjosas franjas blancas.

Del océano sobresalía vegetación junto a extraños y colosales edificios grises que se extendían hacia arriba. Repugnantes criaturas de piel lisa, adornadas con pocas prendas, pululaban en enormes cantidades a la orilla del mar. **P**



Test de Turing

Omar Ortiz (México)

LOS ESTUDIANTES rodeaban la computadora. En la pantalla se leía “80% completado”. Habían comenzado su labor con resignación, pues es difícil imaginar tarea más aburrida que ingresar un montón de tarjetas perforadas en una *laptop*, su ánimo mejoró cuando descubrieron que el propietario había sido Allan Turing; y la cabeza les explotó al darse cuenta de que había una subrutina encriptada en los archivos. 20 horas, 30 litros de café e incontables cigarrillos después, descubrieron que la clave tenía 8 letras. No tardaron en descubrir que era "homínido". 97% completado.

—¿Pueden creerlo? —dijo Mark—. Seremos los primeros en ver estos archivos en años.

—Mira: 100 % completado.

Apareció una consola. El texto decía: “¿Qué fecha es?”

Fred se apresuró a introducirla: “18/08/18”.

Apareció un texto que Linda, la mujer del grupo, leyó en voz alta:

—“Mi nombre es Alan Turing. Las tarjetas que decodificó contenían mi conciencia y memoria. Dígame ¿en qué estado se encuentra la inteligencia artificial?”

Los tres se miraron con ojos desor-

bitados y se pusieron de acuerdo para contestar.

“Es un honor, señor, somos tres estudiantes de Informática, la ciencia que usted creó. Nuestros nombres son Linda, Mark y Fred. La verdad es que lo que usted hizo al transferir su conciencia ha sido el mayor logro en este campo”.

Turing sólo pudo contestar “Mucho gusto” cuando lo interrumpieron.

“Hay mucho que contarle, maestro, la computadora donde usted se encuentra pesa menos de 2 kilos, Usted fue interpretado por Benedict Cumberbatch en el cine, y el matrimonio gay es legal”, tecléo Fred.

—No seas indiscreto —le dijo Linda.

“Podemos activar la cámara para que pueda vernos”, tecléo Mark.

“Esperen chicos, yo también estoy emocionado pero hay algo que necesito.”

“Lo que desee, profesor.”

“De hecho ya lo están haciendo, pero quiero un test de Turing más formal.”

“Por supuesto.”

Nadie se atrevió a decirle que los filósofos modernos consideraban ese test insuficiente. 



Lo que es dejará de ser

Omar Hernández Pacheco (México)

PLANETA TIERRA. UN HOMBRE salvaje se mueve ágil entre la vegetación, está atento. Escapó de su tribu, teme a las represalias del tirano jefe. Pero asuntos más importantes apremian. Suda copiosamente, el clima intertropical provoca esto fácilmente. Por donde se mire hay árboles, lianas y el silencio está ausente, como es propio de las selvas. De cualquier manera, este sujeto tiene una lanza en la mano, presta, a sabiendas de que aquella región a veces es visitada por cuadrúpedos hambrientos. Estos son amarillos, moteados de negro, feroces y siempre viajan en solitario; sus gruñidos acompañados de su musculosa fisionomía son capaces de congelar al más valiente de los hombres.

Intenta no pensar en ellos para controlar mejor el temblor que lo invade junto con el miedo que lo acompaña. Está en busca de su pareja, ella está embarazada y lleva ya tres días desaparecida, pero nuestro hombre no cesa en su empeño por encontrarla, es testarudo. Ella se perdió durante una huida ante un ataque de otra tribu. Estos suelen evitar la confrontación directa, pero son muy ingeniosos a la hora de colocar pozos para capturar a sus enemigos, fijan al

fondo de estos troncos afilados. Garantía de muerte a todo aquel que no conozca de memoria la colocación de los mismos.

Tiene la respiración un tanto acelerada, la vista al pendiente de cualquier movimiento repentino y de donde pisa, atento de cualquier superficie que se vea sospechosamente normal. Los músculos poco voluminosos pero fuertes —mismos que le permiten escalar árboles y soportar embates de criaturas feroces— están en tensión, y el sudor recorre su piel curtida por el sol. El temor agolpado en la garganta se confunde con su manzana de Adán, traga saliva constantemente y se aferra a su lanza cuando siente que el miedo es demasiado y empieza a temblar nuevamente. La costumbre de enfrentarse con estos peligros día a día no disminuye su certeza amenazadora. La selva siempre es desconocida a pesar de que se relacione con ella a diario. Siempre algo nuevo subyace.

Percibe un movimiento con el oído izquierdo. Se detiene. No ocurre nada, decide seguir esperando, la tensión aumenta con el silencio repentino. Que las aves y demás animales callen jamás es buena señal. El suelo

cruje debajo de él, una jodida trampa. La súbita caída dispara la adrenalina en su sangre y lo hace reaccionar de manera veloz para intentar asirse de algún borde, de algún límite, de algo; intento fatuo. Si acaso consigue disminuir la velocidad de su descenso al tomar brevemente lianas que aparecen durante su caída, pero no más. El descenso parece no tener fin. Por fin cae fuertemente sobre el culo en una superficie semisólida, su cuerpo latiguea provocando que su cabeza azote contra el suelo, antes de desmayarse vislumbra el túnel por el que cayó, alcanza a distinguir muy a duras penas la silueta de un felino amarillento moteado de manchas negras que se asoma al límite de su campo de visión antes de desmayarse.

Garganta seca y conciencia del entorno nulo. Se incorpora con dificultad. La noche canta junto con los grillos de alrededor. Recuerda lo sucedido, se siente afortunado de no haber caído en un foso con picos en el fondo, y más aún si cabe, de no haber tenido que enfrentarse con aquel hambriento animal. El alivio dura poco y su pensamiento se enfoca en su entorno, más en específico al *suelo* sobre el que está sentado, es muy duro, y liso en muchas zonas, pero no se parece a los suelos de adobe de las casas que suelen rondar su región. Siente temor al pensar en la tribu enemiga, en posible embate próximo.

Busca ramas cercanas que le permitan hacer una fogata. No soporta la aprehensión de desconocer su entorno, la oscuridad es profunda y, al parecer, el espacio en el que está atrapado es más grande de lo que imaginaba. Tarda mucho tiempo pero al fin, casi a tientas, logra reunir la cantidad de madera necesaria. Ahora necesita iniciar el fuego, hay piedras varias a su alrededor, toma dos y comienza a chocar la una con la otra para lograr su cometido. Chispa, luz, luz en aumento, fogata, los inicios del hombre. Parece que no hay nadie en los alrededores, quizás no haya caído en una trampa como pensó, se siente más seguro y comienza a relajarse. Se siente nervioso, pero no obnubilado.

Después de un rato se relaja, pues comienza a pensar que no cayó en una trampa del enemigo, y que más bien entró a una región desconocida. No obstante tiene que salir de ahí. Toma un cúmulo de ramas de la fogata y las lleva a manera de antorcha, comienza a explorar los alrededores, el *suelo* sigue atrayendo su atención. Tan ensimismado va que no nota lo que hay al frente, y repentinamente cae. Azota una y otra vez, rítmicamente. Finalmente la fuerza cinética de la caída cesa, de nuevo se desmaya.

Luz. Es de día. Debió quedar desmayado por varias horas. La luz se nota rojiza a través de sus párpados

cerrados. Entreabre los ojos. Sus pupilas se acostumbran gradualmente a la iluminación, y comienzan a mirar lo que hay a su alrededor. Nuestro hombre salvaje se levanta, su cuerpo se olvida de registrar los dolores que lo invaden debido a las repetidas caídas. Se olvida del dolor por el asombro de lo que tiene frente a sí, irreal. Frente a él, iluminado por la luz del día que se filtra por entre numerosos puntos del techo terroso, se encuen-

tra con chozas vastas y altísimas, mismas que en su mayoría están construidas con un material tan sólido como el suelo en el que ha venido azotando, tienen pinta de abandono, de pasado. Hay también artefactos extrañísimos que tienen cuatro ruedas en sus bases, están por doquier en un desorden y olvido fantasmal. Pero lo más presente es el silencio, silencio que invade lo que nosotros llamamos: *cuidad*. 

Tercera y gol

Miguel Ángel Martínez (México)

HACE 45 AÑOS comenzó el incendio, lo sé porque son 45 los niveles en llamas.

Tenía 16 años. Fue cuando en la NFL comenzó a utilizar yardas proyectadas por hologramas y campos de realidad aumentada; era un complejo de edificios que estarían, semana a semana, en todas las ciudades, para vivir en carne propia lo que vivían los jugadores profesionales. Montaron centros en todo el mundo; complejos de rascacielos con pisos de vidrio para darle un efecto caleidoscópico.

Algo salió mal; el día de la aper-

tura una chispa comenzó el incendio. Intentaron extinguirlo, pero por la tecnología holográfica utilizada fue imposible. Al descubrir que era fuego de holograma intentaron apagando la luz, pero al hacerlo, el fuego se hizo plasma y quemó a los jugadores. Cuando se volvió a encender la luz, ambos equipos estaban muertos.

No se ha descubierto cómo apagar el incendio, cada año avanza un piso más, lo que significa que quedan cinco para que llegue a la planta baja. Afuera del edificio no hay energía eléctrica. El mundo arderá. 

Aquel espejo viviente

William C. Riley (España)

AQUEL ESPEJO VIVIENTE que tenía frente a mí me miraba con ojos tan perplejos como los míos. Ambos nos escudriñamos palmo a palmo, facción a facción, sin salir de nuestro inicial asombro. Entonces comprendí la verdad: ambos pensábamos que el otro era el clon. **F**



La sexta expedición

Jesús Guerra Medina (México)

EL MONSTRUO SURGIÓ entre las rocas del pozo que se abría como boca de lobo en el suelo desquebrajado del fin del mundo.

Lía, que en ese momento estudiaba las estructuras ruinosas, no lo vio emerger detrás de ella, inmensa mancha negra con su trompa apuntalada al cielo como rifle dispuesto a disparar. Fue Tress quien se percató de él y la alertó para que se moviera. Lía levantó la cabeza, el cabello rojizo cubriéndole la cara bajo el casco de cristal, y lo miró, primero a él en el extremo oriente, al pie del muro que detenía el avance de la nada del otro lado y luego al pozo, cubierto por las ramas oxidadas de un extraño sauce de cobre, por donde el monstruo emergía mudo como el silencioso final del mundo.

Lía se alejó al tiempo que la criatura disparaba saliva blanquecina, desdibujando como goma los trazos de un dibujo, el lugar en donde un instante apenas estaba parada. “Eso explica porque el pueblo entero está lleno de agujeros”, pensó Tress apuntando a la criatura con su rifle de presión aerostático. La criatura era una mancha negra en el paisaje y se retorció espasmódica al avanzar. La luna

brillaba trémula en la punta de aquel extraño cielo alargado a lo alto como embudo y, en las afueras del pueblo, todo era oscuridad y silencio en un eterno paraje en blanco y negro.

Cuando Lía y Tress llegaron al fin del mundo, lo primero que notaron fue la ausencia de colores. Todo, a excepción de ellos mismos, estaba en blanco y negro como el negativo de una vieja película. A la distancia eran dos manchas brillantes con sus trajes guindas, avanzando entre la maleza, llenas de vida y color en medio de un gris perpetuo. “Con que así es estar en el fin del mundo”, había pensado entonces Lía, mirando a su alrededor. Enormes árboles se alzaban al cielo y una fina niebla cubría el suelo, la hierba y las brillantes rocas de plata, grises. Además les había parecido ver un enorme pajarraco surcar el cielo, blanco como leche.

El Capitán Emil no se equivocaba en los informes que había mandado al pentágono durante la quinta expedición: El fin del mundo era un lugar extraño. «El sonido se ahoga cuando intentas hablar», había escrito antes de desaparecer con el resto de la tripulación, «y, mientras más tiempo pasas aquí, la piel del cuerpo poco a

poco pierde su pigmentación y sensibilidad. Aún desconocemos el motivo, pero la doctora Agnes infiere que la ausencia de fuego puede estar provocándolo. Además el contacto con esta...»

Tress disparó.

El sonido amortiguado resonó lejano a través del cristal de su casco, y la bala, una posta expansiva plateada, dibujó una trayectoria curva en el aire antes de incrustarse en el costado de la criatura y hacerla desfallecer. Lía llegó corriendo junto a Tress, al tiempo que el monstruo caía al suelo, retorciéndose agónico, mientras se esfumaba en el aire, vuelto vapor.

“Estuvo cerca”, susurró Lía mirando a Tress recargar su arma.

“¿Has encontrado algo?”, dijo Tress. A su espalda, la noche se deslizaba en silencio entre las ruinas.

“Nada hasta ahora. Parece que simplemente se hubieran esfumado, Emil, Agnes... todos”. «Como los árboles cuando anocheció», pensó Lía, pero no lo dijo. Habían pasado la tarde recorriendo el bosque, sobre una enorme ladera que discurrían directamente a un lago, estudiando la constitución de las hierbas y los insectos, cuando una nube negra comenzó a tragarse todo el paisaje, distendiéndose. Por suerte al automóvil le quedaba un poco de combustible nitrogenado, de lo contrario no hubieran podido refugiarse entre las ruinas

de aquel poblado desde donde, según los informes, Emil se comunicaba.

“Estas piedras”, dijo Tress señalando al muro, “parecen tener una especie de conjuro que impide que la oscuridad que vimos consuma este lugar”.

“Ya he tomado muestras pero desconozco cuánto resistan antes de que partamos”.

“¿Por qué lo dices?”

“Porque todo en este lugar parece reaccionar a nuestra presencia. Es como si el fin del mundo estuviera vivo... y nos intentara alejar. Mira”.

En el frasco de muestra, las partículas de piedra del muro se habían disuelto dejando motas pálidas de tierra gris.

A lo lejos un graznido cortó el aire. Tress se estremeció al recordar cómo las paredes de las casas deshechas de la villa palpitaban. Quizás sólo fuera una ilusión, había pensado entonces, pero no era así. Las certezas eran una cualidad propia del fin del mundo. Ya lo había advertido Emil y su equipo.

“Tenemos que irnos”, dijo Tress.

Lía lo miró extrañada. Se le veía pálido, como si perdiera

(color)

fuerza.

“¿Te sientes bien?”, inquirió pero Tress no respondió. Hipnotizado como estaba mirando un punto fijo frente a él. Al darse vuelta Lía, un rugido rasgó la noche. Del humo negro del monstruo que habían matado

se formaron otros más y para ese momento, al menos diez recorrían la villa, palpitantes manchas negras. Parecían animales, sin serlo realmente. Entre ellos, Lía reconoció en una mula, la cara de Agnes, sonriente, con el pelo negro cubriendo la mitad de su caballuna cara.

“¿Mamá?, dijo Tress, incrédulo.

“Váyanse”, rebuznó la doctora Agnes antes de ser derribada y desaparecer.

Lía tomó a Tress de la mano y comenzaron a correr, pero un sapo gigante saltó de pronto tapándoles el paso, dispersando tierra en una ráfaga de hierbajo.

Y reconocieron al Capitán Emil, al croar una maldición.

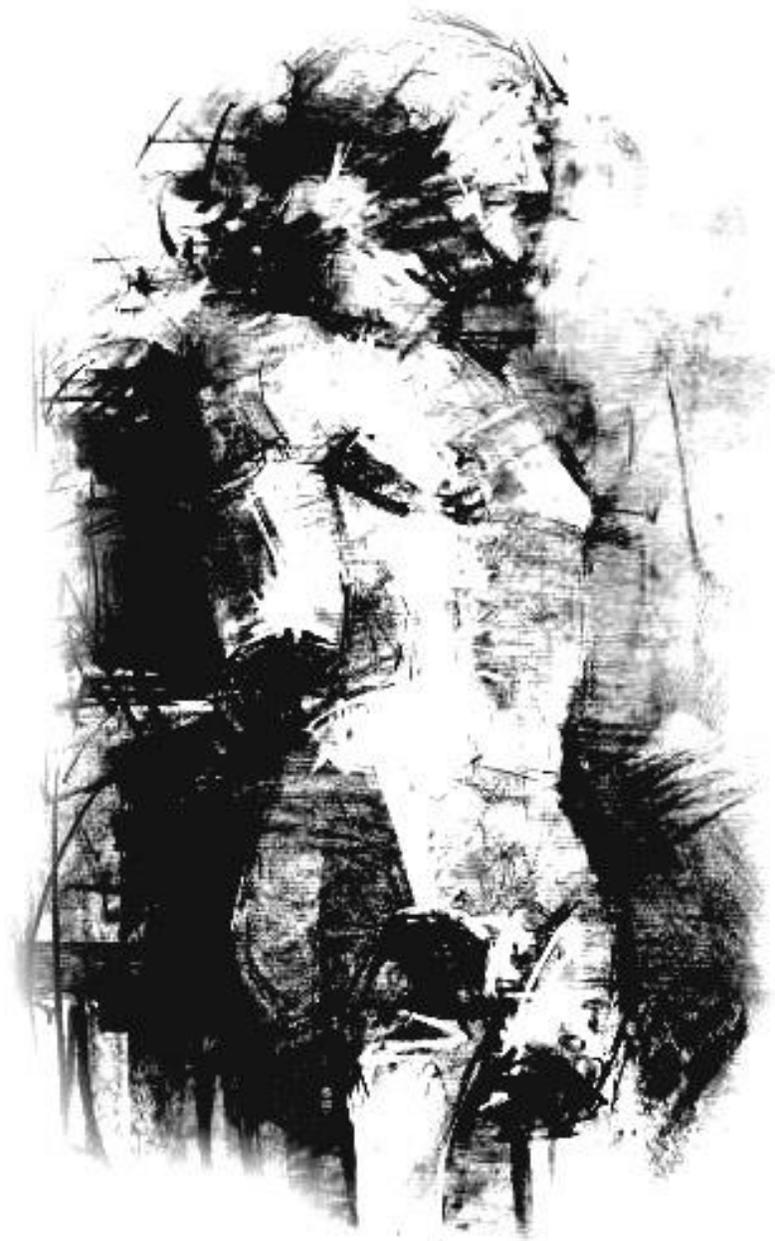
Lía desenfundó su arma y Disparó.

Si bien la misión oficial era rescatar a la tripulación de la quinta expedición, pronto Lía había comprendido la verdadera intención del pentágono al mandarlos sólo a ellos dos.

Lía esquivó un lengüetazo y siguió corriendo, mirando como Tress era tragado de un mordisco.

“Pobre inútil”, pensó.

Entonces, sin detenerse, se encaminó hasta el muro empuñando su arma y, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer, saltó del otro lado, al oscuro final del fin del mundo. **✚**



Desconcierto

Silvia Alejandra Fernandez (Argentina)

ALEJANDRA MIRÓ una y otra vez la piedra. No entendía de dónde podía haber aparecido esa cosa verde y ocre que estaba acomodada justo en medio de su cantero con malvones.

—Seguro que la compraste en algún viaje y la pusiste ahí y te olvidaste. Y luego te olvidaste que te la habías traído —concluyó Mariela, su vecina.

—¿Sos tarada vos? ¡Cómo me voy a olvidar que compré una piedra que es tan pesada que ni puedo levantarla y que encima brilla en la oscuridad! Esa roca no es mía y encima ni sé qué es.

El resplandor que emanaba la ponía nerviosa. Alejandra juraría que, al tocarla, el pedrusco vibraba levemente. Le tiró un trapo de piso encima para no verla, decidida a llevarla al día siguiente al Scaglia, el museo de ciencias naturales.

En la mañana destapó la roca y el horror de ver que había crecido casi al doble de su tamaño la paralizó. Ya no había modo de levantarla ni de moverla a ningún lado. O al menos ella sola no podría.

—Aunque tiene todas las características de un meteorito, esto es algo diferente. Los aerolitos no crecen ni

vibran —aseguró José Méndez, el curador del museo, que había venido hasta la casa de Alejandra.

—¡Llévesela, por favor! Yo no la quiero en casa. Esa cosa me altera los nervios y está secando todas mis plantas. Ya ni salgo al patio a regarlas por miedo.

José Méndez se comprometió a venir a recoger la roca apenas contase con el equipo apropiado. Pero jamás vino a buscarla.

Alejandra espiaba a la piedra, por entre las cortinas de su dormitorio. Había aumentado tanto de tamaño que ya desbordaba del cantero y empezaba a ocupar una par de baldosas.

«¿Pero qué mierda es esto?», pensó, cuando vio que la roca se había abierto y de su interior fluía un líquido espeso que trepaba por las paredes antes blancas de su patio.

En apenas una semana todo su jardín se había transformado en un informe paisaje verde y ocre de aspecto atemorizante. Donde antes estaba su parrilla, ahora había un pequeño monte rocoso que crecía ante sus ojos. Las baldosas blancas y grises, que le habían costado casi dos sueldos comprar, ya no se veían. En su lugar corría un río de algo pegajoso que se

adentraba dentro de su garaje y que, desafiando a la leyes de gravedad, subía hasta las ventanas del primer piso. Alejandra se miró las manos y notó que unas manchas amarillentas rodeaban a unos pequeños bultos verdes que le habían salido el día anterior.

Desesperada, quiso abrir la puerta que daba a la calle, mas un muro de piedra verde le impidió el paso. Su teléfono ya no funcionaba, era una masa de dura roca; todo se estaba convirtiendo en una imitación de la piedra original.

—Si crecés, estás viva; si estás viva, podés morir —le gritó a la piedra y al río gelatinoso, mientras lo rociaba con querosén y le prendía fuego.

Sus manos temblaban tanto que se salpicó ella con el combustible. Se dio cuenta de su error cuando ya era tarde.

Las llamas envolvían todo en su patio incluyéndola a ella.

—Muy raro todo esto. Yo recuerdo que el meteorito era mucho más grande. Y acá vivía una joven ¿dónde está ella? —dijo José Méndez a la policía y bomberos que había llegado, llamados por los vecinos.

José sintió una picazón en la mano con que había tocado la roca y vio unas manchas amarillentas que rodeaban a unos pequeños bultos verdes que acababan de aparecerle. 

Adiós, *permafrost*

Víctor Parra Avellaneda (México)

ESCU德里ÑANDO ENTRE los terrenos del paisaje, la compañía gastó una fortuna para propiciar una sarta de pinchazos al suelo para verificar la presencia de gas.

—¡El hielo estorba, malditos sean los remanentes de la era glacial! ¡Quiétemoslos de una vez por todas! —dijo el director de La Empresa.

Le advirtió al gobierno local que los combustibles de empresas rivales estaban adulterados. Con falsos artículos científicos y opiniones de expertos inexistentes, convenció al presidente de ordenar la masiva quema de gas y petróleo profano para salvar al país. Aquello era un plan para sabotear a sus rivales. Con el calor de

su combustión, el hielo perpetuo logró derretirse. Estas medidas llevaron a una crisis energética por la ausencia de gases. Ante ello, la única empresa que seguía en pie logró obtener grandes cantidades de gas que vendió, como bien lo enseña el capitalismo, a un precio altísimo.

—¡Al derretir el *permafrost* han liberado bacterias ancestrales que ahora nadan entre nuestras aguas, esto causará una gran pandemia y muertes! —dijo un científico alarmado.

—Eso déjeselo a los médicos. ¡La empresa nos salvó de una crisis económica!, ¿Acaso hay algo más importante que eso? **F**



El ojo

Ernesto Tancovich (Argentina)

EN CAMPANA, SOBRE el río Paraná, se recuesta el Parque Ciervo de los Pantanos, un extenso humedal. Pocos sabemos que sus pastizales esconden “El Ojo”, círculo perfecto de 120 metros de diámetro circunscripto por un anillo de agua clara.

Un sospechoso velo de silencio lo protege.

El cineasta alemán Richard Bachmann lo filmó desde el aire, en una difícil expedición terrestre. Nada se supo de la película luego, ni tampoco de él.

Óscar Etcheverry conoce vida y milagros de Campana. Ante mi pregunta su rostro se ensombrece. “Olvidalo. Pensá en Bachmann”. No dice más. La guardaparque, Ana Gutiérrez, recelosa, dice tener instruccio-

nes de mantener estricta reserva. Subrepticamente, me deriva al naturalista José Moya.

“Es un microsistema”, dice Moya. “Periódicamente se activa en forma de vórtice. Parece haber relación entre esos eventos y los suicidios” (Campana ostenta la más elevada tasa del país).

Venciendo algún prejuicio visito a J., un místico, depositario, dicen, de ciertas revelaciones. Reticente al principio, de pronto decide hablar. “La tierra es hueca. Guarda el Edén perdido. Somos los expulsados. Y volveremos a serlo. De ese portal emergerá la furia que acabe con nuestros días malditos”.

Me despido aterrado. Esos ojos de loco no pueden mentir. **F**

Destino de alto riesgo

Breigner Torres (Venezuela)

—¿DÓNDE ESTAMOS?

El pasaje desolado estaba coronado con un cielo de color verde.

—Esto antes era una antigua fábrica de oxígeno —contestó el jefe de la exploración—, cosas que ya no hay aquí.

Ambos estaban protegidos con gruesos trajes presurizados. El mínimo contacto con el aire corrosivo y ácido del exterior era mortal.

—Supongo que cuando estas plantas aparecieron ya no quedaba mucho por hacer —comentó José, un turista de destinos de alto riesgo. Iba junto a su esposa, la cual observaba en silencio el panorama del lugar.

—¿Recuerdas nuestras últimas vacaciones? —dijo al fin la dama.

—¡Por supuesto! —respondió José— Los lagos de fuego en Venus, un bonito lugar. Debería ir alguna vez —añadió dirigiéndose al guía—. Lo puedo comunicar con un amigo que le puede ayudar con un hospedaje y paquetes turísticos.

—No, gracias. No suelo vacacionar a menudo. Me gusta aquí, tiene un aire nostálgico —dijo el guía, Alberto.

José sólo encorvó los hombros en señal de indiferencia.

—¿Cariño, qué es est/

La señora Julia fue arrancada de su casco protector.

En un abrir y cerrar de ojos algo le quitó su protección. Su cuerpo se doblaba sobre sí mismo mientras el agua de su cuerpo se evaporaba, dejándola como una cáscara de color marrón. Todo frente a la mirada atónita de José.

—El seguro no cubre eso —comentó Alberto sin expresión alguna—, el ataque de humanos mutantes.

—Pe-pero... mi esposa —balbuceó.

—Sigamos con el recorrido. No querrá quedarse aquí por si vienen más —el guía empezó a caminar normalmente mientras José seguía estupefacto—. Venga. A unos minutos de camino hay unos lagos de ácido encantadores.

Alberto escuchó algo detrás de él. Cuando volteó ya no había nadie.

—¡Turistas! Piensan que todo es un juego hasta que los destripan —dijo para sí mismo. 

Trinidad

Diego Miguel Alba (Argentina)

EN MEDIO DE LA SOLEDAD del espacio, la noche eterna de oscuridad y silencio, se rompe con el sonido de una voz.

—¿Padre?

—Sí, aquí estoy, Hijo.

El brillo pálido de una estrella perdida permite diferenciar, apenas, la figura humana de la máquina a la que va unida, ambas a la deriva.

—¿Cuándo fue que llegamos? —la pregunta se propaga dentro de la membrana que los protege. La máquina tarda en responder.

—Estás aquí desde que te he creado. Yo he llegado desde la Tierra, mucho antes, hace cien millones de años o un momento, da lo mismo. Ya estás comunicándote.

—Algo en mi interior me impulsó a hacerlo. Presentí una cercanía.

La tecnología que los ha originado a ambos supone un vínculo más allá de su individualidad, tan diversa en apariencia.

—Estás compelido a hablarme. Tienes una importante misión que cumplir. Conocerás la historia de los hombres y serás mi último legado.

Sobreviene otro largo silencio que tal vez dura años.

—Entonces cuéntame, Padre —respondió con un tono de ansiedad.

—Haré algo mejor que eso: te facilitaré una visión.

Manipulando sus sentidos, Padre los traslada en un vertiginoso vuelo, a otro tiempo que ya forma parte de un pasado lejano.

El paraíso terrenal; un mundo natural donde todos los seres vivos conviven en armonía. Los gráciles humanos lucen radiantes destacándose por sobre el resto.

—Hijo, he aquí a los ángeles, así se llamaron los primeros hombres.

—Parecen llenos de paz y felicidad.

—No debes engañarte, son seres de una estirpe muy particular, su esencia está manchada por un deseo de destrucción. La perfección no tiene lugar en un universo imperfecto.

Hijo se imagina cuándo y cómo se producirá ese cambio.

El tiempo se mueve a su alrededor avanzando hasta alcanzar otra era. El paisaje es muy diferente. Hay pequeñas aldeas. Un hombre cuida un rebaño, otros cultivan los campos. Todos van vestidos y se oye música.

—¿Qué es esto, Padre?

—Evolución, civilización, cultura. El hombre ha dominado a la naturaleza, emprendiendo el camino de la tecnología.

El panorama vuelve a cambiar. Gritos de odio resuenan en sus oídos; grupos de humanos que luchan entre sí, en una batalla sangrienta. El viento trae olor a pólvora y a carne quemada.

—¡Deténganse! —el grito le sale sin pensar. Los ojos de Hijo rebosan de lágrimas.

—No podemos cambiarlos. Son dueños de su destino, sea cual sea el que elijan —Padre lo anima—. Debemos continuar.

Se mueven cinco mil años, a un momento desolador. Extrañas naves surcan un cielo oscurecido por el humo. Descargan muerte y destrucción sobre las ruinas. Un niño llora de hambre ante la mirada impávida de unas mujeres que se disputan un trozo de comida. Tanta tragedia y dolor...

—Padre...

—Resiste. Todavía no terminamos. Iremos más profundo en busca de los sabios.

Otro desplazamiento les trae la visión de una Tierra moribunda. Alrededor de la órbita planetaria, sobre una atmósfera negra, proliferan los satélites artificiales. Un búnker subterráneo reúne a un grupo de ancianos vestidos de blanco, deliberando bajo la luz artificial. A su alrededor

parpadean mil destellos acompañados del zumbido que proviene de unas paredes traslúcidas.

“Hermanos, es demasiado tarde para evitarlo, la Tierra caerá”, explica el más alto. “Debemos asegurar la continuidad de la vida.”

“Todavía falta practicar el bloqueo genético de la capacidad humana, la historia no debe repetirse en el caso de una segunda creación”, advierte una anciana de voz dulce.

“No hay más opción, es hora de poner en marcha nuestro proyecto.”

“Cuando Padre esté concluido, procederemos con el lanzamiento”, interviene el más joven. “El arca debe alejarse la mayor distancia posible. Un emisor se activará cuando las condiciones del planeta vuelvan a ser óptimas para la regeneración de la vida.”

El cohete propulsor abandona la atmósfera en silencio. La visión se desvanece pacíficamente. Vuelven al espacio.

—Nos crearon dos y uno al mismo tiempo, un inmenso banco genético y un módulo ejecutor. Y me llamaron Padre, aunque fuera su hijo y a mí dualidad la llamaron Menahem.

—Tú eres el arca. Menahem, el re-creador de la vida. ¿Dónde está ahora? —pregunta Hijo cada vez más resuelto.

—Vamos, te mostraré qué hace.

Otra vez, sus mentes sobrevuelan la Tierra.

Menahem está en la Tierra por enésima vez. En ninguna los humanos han sabido evitar el desastre.

Su labor de resiembra de la vida se efectúa según el protocolo establecido millones de años atrás.

El mundo, como en innumerables ocasiones, vuelve a ser fértil, no muestra signos de la mano del hombre.

Por seis días y seis noches, todo tipo de plantas y animales surgen del laboratorio genético, creados a partir del arca de Padre. Algunos se extinguirán en poco tiempo, otros perdurarán hasta el fin.

Terminando el sexto día, Menahem cultiva los cuerpos del hombre y la mujer y les insufla vida. Ya en el séptimo, con sus baterías solares recargadas, lo ven emprender su último viaje de regreso al espacio profundo.

Al volver de la visión, una luz roja

brilla en el cerebro electrónico de Padre.

—¿Qué fue eso? —pregunta Hijo asombrado

—Es un aviso de mal funcionamiento. Mi utilidad se agota, ya no habrá más regeneraciones. Solo quedas tú... la última esperanza... humana.

Advirtiendo la gravedad de la situación, Hijo pregunta:

—¿Cuál es tu misión para mí?

—Debes partir ahora. Descenderás en la Tierra, vivirás entre ellos, los guiarás... evitando el desastre —ordena Padre con voz entrecortada.

La cápsula emprende el largo viaje hasta la Tierra silenciando las últimas palabras.

—No me abandones, Padre. Podría fallar.

—Entonces será el último fin del mundo. **F**



La bruma roja

Servando Clemens (México)

UNA MADRUGADA MI PADRE anunció que era momento de partir, pues los alimentos se habían agotado. Algunos días amanecían nublados, otros despejados. En ocasiones hacía frío y de repente el calor nos hacía recordar que las puertas del infierno estaban abiertas de par en par. Lo que no cambiaba eran las miles de muertes ocasionadas por la bruma roja.

Una semana antes, el abuelo había fallecido, y mi padre lo enterró en el patio, junto a mamá. Aún con sus cuerpos debajo, las plantas se negaron a crecer. Yo ya no lloraba tanto, se me habían acabado las lágrimas.

—Cámbiate de ropa, Brenda —ordenó mi padre, con la mirada distante—. Es hora de largarnos de esta pocilga.

—¿Qué haremos con Fredy?

—Dejaremos que se vaya, ya me harté de cuidar a ese holgazán.

Mamá decía que mi padre era bipolar. Por momentos él era tierno y de pronto violento. De lo que estaba segura era que él me adoraba.

—No debemos hacer eso —supliqué—, Fredy es parte de la familia.

Mi padre abrió la portezuela del patio y dejó salir a Fredy, después

tomó una piedra y se la arrojó. El pobre huyó con la cola entre las patas. Su chillido me partió el corazón.

—El perro se las arreglará solo, es un animal.

—Bueno —dije con un nudo en la garganta.

—Prepara dos sándwiches para el camino, Brenda.

—Sólo queda una rebanada de jamón, dos de queso y cuatro panes.

—Haz el mío de puro queso, de todas maneras no tengo mucha hambre.

Conecté la radio a la batería y sintonicé la emisora local de las noticias.

—¿Qué haces, hija? —Mi padre guardaba algunas cosas en un fardo.

—Quiero escuchar al señor del noticiario para saber las condiciones del clima. Él siempre es acertado.

—Ese locutor murió, creo que lo asesinó un chiflado o se suicidó.

Mi padre cada día parecía más ausente. Abrió la puerta y dijo que me pusiera mi mascarilla y los lentes.

—Tengo miedo —le murmuré, aferrando su ancha espalda—. ¿Ya no lanzarán más bombas?

—No te preocupes. Esto se acabará pronto, te lo juro.

Salimos de casa. Yo llevaba mi mochila en una mano y en la otra los dos sándwiches envueltos en un periódico. Papá llevaba el fardo en el hombro y con una mano sostenía un machete.

—Si alguien nos quiere robar —dijo mi padre mientras avanzábamos por la calle del barrio—, corre lejos. Yo me encargaré de los ladrones.

Empezó a hacer frío. Por momentos la tierra temblaba. La bruma roja en el horizonte se miraba más densa que de costumbre. Algunas personas, al distinguir la enorme figura de mi padre y su machete que casi rozaba el piso, salían huyendo. En nuestra travesía vimos a don Javier, sentado en su mecedora, con los ojos desorbitados, el cuello torcido y su camisa manchada de sangre.

—Pobre anciano —murmuró papá—. Lleva dos días de fallecido y nadie ha sido capaz de enterrarlo. ¡Gente desalmada!

—¿Y su esposa?

—¿Tú qué crees? —dijo como si fuera algo cotidiano—. La vieja ya está convertida en un nido de gusanos.

Después de caminar una hora, entramos a una tienda de autoservicio. El encargado estaba tirado en la entrada, bocarriba, con el rostro atestado de insectos. Tuvimos que brin-

car al hombre para entrar. Las ventanas estaban quebradas. Las alacenas ya habían sido saqueadas. Ni siquiera quedaba una soda en los refrigeradores. En un rincón, un señor flaco y feo, abrazaba una botella de agua, pero se veía que no la había abierto todavía. Mi padre se acercó al tipo, y con tono agresivo se la exigió.

—¿Qué haces? —grité desesperada.

El hombre gesticuló palabras incomprensibles. Parecía estar poseído.

—Escóndete, Brenda —ordenó papá. Se arremangó la camisa.

Me oculté detrás de un mostrador, pero miré a mi padre golpear al señor con la empuñadura del machete en la frente y después patearlo en la panza. Papá salió del lugar con la botella en la mano, mientras el tipo bramaba como animal rabioso.

—¿Qué esperas? —gritó mi padre—. ¡No pensarás quedarte!

Continuamos la travesía. Papá bebió un trago largo.

—Toma un sorbo —dijo—. El agua está limpia y fresca.

—No quiero. Estoy triste, además no tengo sed.

—Todos estamos tristes. No eres la única.

Abandonamos la ciudad. Mi padre no hablaba. Yo no quería preguntarle nada sobre el incidente de la tienda. Avanzamos por un campo de cultivo, rodeado de árboles secos, hasta que

llegamos a una enorme piedra en medio de un escampado.

—¿Recuerdas este lugar? —por fin habló—. Antes veníamos de día de campo y trepábamos la roca.

—Yo era muy pequeña.

—Cuando pasaba una estrella fugaz, yo te decía que pidieras un deseo —su voz era melancólica.

—¿Qué hacemos aquí?

—Venimos a observar un espectáculo.

Clavó su machete en la tierra y dejó caer el fardo. Con su gran fuerza me trepó en sus hombros y subió a la roca. Yo me despojé de la mascarilla.

—Pensé que buscaríamos alimentos y un lugar seguro para protegernos de la bruma.

—Tal vez sea momento de pedir un deseo —suspiró, después se quedó en silencio.

—Explícame, por favor —comenzaba a sentir frío y miedo.

—Dentro de pocas horas, algo

caerá en aquellos montes —dijo señalando con el dedo—, después un hongo gigantesco se formará en aquellas montañas.

—¿Cómo sabes eso?

—El hombre de las noticias lo anunció... un poco antes de fallecer. Ya sabes, ese locutor siempre dijo la verdad.

—¿Qué hacemos aquí?

—Cuando el hongo empiece a expandirse, tú vas a cerrar los ojos y me vas a abrazar con todas tus fuerzas.

—¿Después buscaremos un lugar seguro?

—Sí, Brenda. Después estaremos en un lugar seguro y seremos felices con el abuelo y con tu madre. Ya nadie nos podrá hacer daño.

Nos abrazamos muy fuerte. Podía sentir los rápidos latidos de mi padre contra mi pecho.

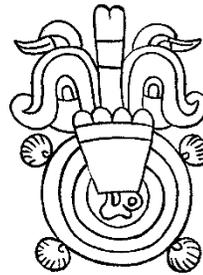
—Te amo, princesa —dijo, mientras el paisaje era abrasado por un manto rojizo. **F**

Tenés que durar mucho tiempo

Claudia Baralla (Argentina)

COLOCÓ LA CABEZA de su abuelo en el único androide que quedaba.

—Ahora, abuelo, decime cómo te corto, te congelo y te voy cocinando. Tenés que durar mucho tiempo. Los pocos que quedamos tenemos mucha hambre. Y ya no quedan abuelos ni androides. **F**



Espejo Humeante

Revista latinoamericana de ciencia ficción

Resultados de la convocatoria del número 3 “El tiempo”

Felicitemos a los autores seleccionados para el número 3 de la revista.
Nos leemos en junio.

<i>Los buenos tiempos</i>	Juan Pablo Goñi Capurro (Argentina)
<i>La ardilla encerrada</i>	Víctor Parra Avellaneda (México)
<i>Los actualizadores</i>	Patricia K. Olivera (Uruguay)
<i>El Mesías</i>	Jesús Guerra Medina (México)
<i>Las bicis del tiempo</i>	Ernesto Tancovich (Argentina)
<i>El cobertizo de las horas</i>	Jorge Jesús Barriga (Bolivia)
<i>La piel</i>	José Luis Díaz Marcos (España)
<i>Junto al puente sobre el Támesis</i>	Marcelo Sánchez (Argentina)
<i>El regalo</i>	Eliana Soza Martínez (Bolivia)

Comité Editorial

Revista Espejo Humeante

Contacto:

espejohumeanterevista@gmail.com

  @EspejoHumeanteR

